

*J. Yáque Laurel*

*La campaña castellana  
de 1812*

*J*

BATALLA DE ARAPILES







+ .129999  
C.



La campaña castellana  
—— de 1812 ——  
y Batalla de Arapiles



== 1812 == 1912 ==

La campaña castellana  
de 1812  
y Batalla de Arapiles



ESTUDIO CRÍTICO - MILITAR

== POR EL CAPITÁN DE INFANTERÍA ==

DON JOSÉ YÁQUE LAUREL

== Valladolid: Imp. Castellana ==

A mi respetable y muy querido amigo  
y maestro, Don José Borrás y Daryonés,  
notable escritor e ilustrado Delegado de Her  
cienda en Valladolid.

Muy afectuosamente,

José Giner

Valladolid 1.º Julio 1913.



R. 158034

« En el Carpio está Bernardo,  
y el moro en el Arapil,  
como el Tormes va por medio,  
no se pueden combatir. »

(CANCIÓN POPULAR)

*Arapiles.* Tu nombre estridente parece lanzado por trompa guerrera, y al pronunciarlo nuestros labios, se evocan las hazañas de gloria, de un legendario singular, vencedor de Roldán en Roncesvalles, de muslines en tierras zamoranas y salmantinas, en cuyos históricos montículos, supo labrarse Bernardo del Carpio nombre bizarro, que los cantos de gesta del alma castellana transmitieron á generaciones sucesivas con la misma pureza, vigor y fuerza proyectora de aquella cohorte decidida del siglo noveno, admiradora ferviente del personal denuedo de tan alto capitán.

El constante mudar de los tiempos, quiso que las orillas del Tormes famoso fuesen testigo de moderno palenque, y á la noble y generosa lid del antaño, sustentada por anónimos caudillos, sucedieran ambiciones conquistadoras alentadas por el águila triunfadora, emblema de aquel titán francés, todo genio y poder.

Y los cerros solitarios del riente campo de Salamanca, despertaron de un letargo de siglos, al bronco ruido del cañón, y al piafar de nutridos escuadrones de coraceros, centauros avanzados de la soberbia de un pueblo cuyas ansias conquistadoras extendiéronse desde las famosas pirámides egipcias á las tranquilas dunas nerlandesas.

*Francia y sus historiadores del Imperio acá, designan con el nombre de batalla de Salamanca á la contienda memorable del 22 de Julio de 1812. Desconocian sin duda la leyenda grabada en el alma española, y en su al parecer vehemente deseo de borrar rasgos de valor, y de disimular fracasos ó equivocaciones de mariscales victoriosos, despreciaban y oscurecían sucesos que tal vez empañasen el historial brillante del ceñudo vencedor en Austerlitz, Jena y Auerstaedt.*

*¿Vamos nosotros á regatear aplausos á un Augusto Marmont, aquel borgoñés simpático, soldado curtido en las luchas del Imperio, y que al cerebro de hábil estrategia, unía el brioso empuje que le acreditara en Marengo y Alejandría? Porque fuera vencido gloriosamente, no vamos á dudar de su acreditado valor y bien cimentada fama.*

*Reconocidos en él méritos y circunstancias excepcionales para el mando supremo de un ejército en campaña, como á otros muchos generales de la gran escuela bonapartista, acto de justicia es hacer constar en contra de Titeaux y Balagny y algunos otros parciales historiadores, que los modestos caudillos Castaños, Blake, Hill, Coupigny, Palafox y cien más, no merecían una tan dura y despiadada crítica, ni los conceptos de soldados improvisados, negándoles toda capidad militar.*

*Algo debía de valer el gran Castaños, cuando destroza al «rayo del Norte», en los campos de Bailén. Y mucho antes de la gloriosa jornada, su escuela militar daba pruebas inequívocas de existencia, pregonándolo aquel hecho sublime de la altura de San Marcial, cuando regía los granaderos de Africa.*

*No era inepto aquel noble sir Arthur Wellésley, general y caudillo en Vimeiro, Talavera, Bussaco y Oporto, cuando logra imponerse al invasor en cien combates. Frio, sereno, imperturbable en campaña, hace creer á los escritores de allende el Pirene, que desconoce los entusiasmos del mando en los decisivos momentos de la lucha, cuando hermanados la habilidad y el poder alcanzan la supremacía moral y material sobre el adversario. Pero Wellington jamás*

perdió una batalla á pesar de su tan discutida frialdad, ni las victorias perturbaron en lo más mínimo su impasibilidad, ni afectaron la honradez completa de su gran carácter. Sabía esperar pacientemente, para aprovechar el menor descuido, y entonces lanzábase sobre el contrario, impetuosamente para derrotarle de un solo golpe. A esa tan sobresaliente cualidad, tal vez debiera mucho de sus triunfos, y aun el mismo de Arapiles, pero no hay que olvidar que su historia militar en Flandes y en la India le acreditaron como valeroso soldado también.

En los mismos Arapiles, resucita al combatiente de As-saye, y es herido. Un gran historiador británico, Cárlos Napier, nos lo presenta en el momento culminante de la tarde famosa de Julio: «Me hallaba cerca de él, dice Napier, me hallaba cerca de él, cuando la llamarada de la artillería y fusilería relampagueando hasta donde la vista alcanzaba, hacía visible todo lo que él había ganado. Estaba solo, la luz de la victoria iluminaba su frente, su mirada era rápida y penetrante, pero su voz era tranquila y hasta suave.»

Luego, al cargar al frente de la caballería, á un enemigo que huye protegido por las sombras de la noche, una bala hiere levemente al jefe, cuando la campiña castellana del Tormes recoge los trofeos del combate.

La fecunda tierra sostiene, y el cielo sirve de sudario á los héroes de la batalla. Todo en calma y quietud, porque al estruendo de la lucha suceden ráfagas de tristeza, y parece que sobre aquellos inanimados restos de gloria y pesar, flota, sonriente, altanera, la férrea visión del hijo de Jimena, el famoso legendario.

«Que fortificó un castillo, cabe Salamanca, que se llamó el Carpio.»



## LAS OPERACIONES

### EN LA FRONTERA

**La situación de Massena.—Retirada notable.**

**El mariscal Marmont, jefe.**

Fueron muchas las tentativas é inútiles cuantos esfuerzos realizó en aquel funesto 1810, el mariscal Massena para penetrar en las formidables líneas de Torres-Vedras. Esa dominación abriría á sus tropas un camino seguro y fácil para seguir á Lisboa porque las famosas líneas constituían la llave de todo el sistema defensivo del país.

Su valor fué, en general opinión, plenamente demostrado en la lucha contra la invasión del príncipe de Essling, el que según algunos historiadores, no estuvo á la altura de un sobrenombre prestigioso, «*el hijo mimado de la victoria*», con que le designara Napoleón. Massena podía haber hecho mucho más, frente á las célebres posiciones.

El general Chelmicki, decía que las líneas de Torres-Vedras, salvaron efectivamente á Portugal en 1810, pero que no fueron seriamente atacadas; y Soriano critica á Massena por su precipitado juicio al considerar inexpugnables las posiciones, pues aunque la situación del invasor era difícil, deber del buen general, es no demorar el ataque, tanto más cuanto que, gran parte de una de las líneas, no estaba debidamente fortificada.

Los juicios, adversos á la gestión del gran mariscal en Portugal, no desmerecen para nosotros el concepto de Massena, que frente á Torres-Vedras, hizo humanamente cuanto pudo para salir airoso de una difícil situación, en que el destino le colocara. Faltó

entonces un elemento que tal vez influyese poderosamente en la marcha de los sucesos: La insuficiencia de tropas para una acción decisiva.

Ya en Vizeu, antes de la batalla de Bussaco, el mariscal Ney, opinaba que el ejército invasor no tenía fuerza bastante para la conquista de Portugal.

La crítica situación en que se hallaba Massena, resultaba también de su envolvimiento por tres grandes núcleos. En el frente, un ejército de 90.000 hombres apoyados en importantes posiciones, en los flancos, las bien guarnecidas plazas de Peniche y Abrantes, y en la retaguardia, las milicias del Norte, que hacían sentir su acción, especialmente sobre los medios de abastecimiento del ejército invasor.

En tales condiciones el plan de Wellington era reducir por el hambre á su enemigo.

La tenacidad y buen nombre, no hicieron desistir al mariscal francés de su arriesgada empresa, y sin perder momento envía á Foy, uno de sus más inteligentes generales, para que se aviste en París con el Emperador, y le notifique el angustioso estado del ejército de Portugal, imposibilitado tácticamente, falto de ayuda y ligación con otros núcleos, incomunicado con España, y hallarse frente á tropas numerosas bien atrincheradas. El general Foy, solo pedía en nombre de su jefe tropas y municiones. Lo demás lo daría el país, que aunque pobre, sostendría el ejército.

El invierno con sus rigores se echaba encima y las postrimerías del año 1810, castigaban duramente á las bravas tropas invasoras, condenadas á una inactividad desesperante. Además el comisionado á Francia no regresaba á las filas de Massena, quien hartado ya de la falta de correos y visto que las órdenes superiores no aparecían por parte alguna, retrocedió á la frontera, estableciendo su cuartel general en Santarem.

Dijose que Napoleón—á quien ya no importaba gran cosa la guerra de España—al saber por Foy la crítica situación del ejército de Portugal, se limitó á ordenar

á Drouet, que con los 20.000 hombres que constituían su ejército abandonase Vizcaya, y marchara en auxilio de Massena; y al mariscal Soult, que operase vigorosamente en la dirección de Badajoz, sin perder de vista el objetivo de favorecer en cualquier momento al de Essling.

En efecto, el general Drouet avanzó rápidamente, dejando en la Beira-Alta la división de Clarapede—8.000 hombres—con objeto de establecer las comunicaciones con España, limpiar aquella zona de núcleos aliados, y estando prestos, si las circunstancias fuesen favorables para intentar un golpe de mano sobre Oporto.

Drouet llevó al mariscal Massena un refuerzo relativamente escaso, no lo suficiente para cambiar de situación, pero sí para cubrir las bajas sufridas, más que por la ruda pelea, por las enfermedades y privaciones que se cebaron en las filas imperiales, una vez agotados los recursos de que disponían Coimbra, Santarem y Leiria, comarcas no muy sobradas de recursos en la paz, y que el azote de la guerra convirtió prontamente en estériles y miserables.

Massena esperaba impacientemente la llegada del duque de Dalmacia y su ejército para conquistar el terreno perdido, pero Soult, sordo á los requerimientos del ejército de Portugal, solo dá cumplimiento á parte de lo ordenado por el Emperador, en lo referente á la plaza de Badajoz, ciudad que cerca el 26 de Enero de 1811 y toma á los españoles el 10 de Marzo de aquel año.

¿Cuáles fueron las causas de aquel abandono, de aquella negación de auxilio á un ejército, que como el de Portugal, tanto necesitaba de refuerzos para proseguir sus operaciones, quizás las de más relieve é importancia en tales circunstancias?

Algunos apuntan como causa única, las divergencias entre los dos jefes invasores. La rivalidad era efectiva desde anteriores campañas, y Soult como buen soldado, debió olvidar en aquellos momentos toda pasión,

ayudando á su compañero, y cumplir sin excusas una orden del Emperador que terminantemente le decía: «sin perder de vista el objetivo de favorecer en cualquier momento á Massena.»

Porque Soult con gran parte de sus fuerzas podía indudablemente llegar al Alemtejo, avanzando sobre Lisboa, como parece ser que se le indicaba, pero él por sí y ante sí, cambia de ruta y se dirige á la región bética, en auxilio de Víctor, cuyas tropas bloqueaban á Cádiz.

Convencido Massena de que los refuerzos no llegaban, é informado de que una nueva división inglesa desembarcaba en Lisboa, á últimos de aquel mes, efectuó una decidida retirada con todas sus tropas sobre la frontera española.

Aquella marcha notable en su planeamiento y desarrollo, modelo en su clase, merece elogios, porque puso de relieve la personalidad del estratega, hecho en en los moldes napoleónicos, y cuya escuela de generales jamás fué aventajada por ningún pueblo.

Para efectuar el movimiento simuló una tentativa del paso del río Zézere, para obrar sobre Abrantes, y destruyendo parte de su artillería é inutilizando los bagajes de difícil transporte, aligera en cuanto puede toda su impedimenta, iniciando en la noche del 5 de Marzo su hábil operación. Para ello divide el ejército en dos columnas; una, la de la derecha, iba mandada por Reynier, jefe que llevaba como objetivo la conquista del puente de Murcella, por la ruta Thomar-Espinal; y la de la izquierda avanzar sobre Coimbra, dirección Torres-Novas-Leiria. Esta fracción, que indudablemente sería la más amenazada se engrosó con las tropas de Junot, los jinetes de Montbrum y la división de Ney, general que tomó el mando de las fuerzas.

Merced á tal combinación, los franceses llevaban en sus movimientos retrógrados, algunos días de ventaja sobre los aliados, quienes apercebidos de la estratagemata del invasor, seguíanle en forzadas marchas, con

el propósito de alcanzarle, destrozando sus huestes, antes de que se reorganizaran. Solamente logró Lord Wellington llegar á establecer contacto con Ney muy cerca de Pombal, en cuyo punto le batió ligeramente el 11, continuando con las demás fuerzas enemigas la retirada.

La persecución del Lord, hízose desde aquel momento activa y vigorosa, lo que obligó á Ney á aprovechar todas las posiciones ventajosas que se le presentaban en su retirada, para presentar al adversario un frente de ataque, ganando así el tiempo indispensable para el escalonamiento de las columnas en marcha, por caminos momentáneamente obstruidos por la restante impedimenta y poniéndola á salvo del contrario.

Al llegar á Redinha, ocupó Ney una posición tan fuerte y de tal desenvolvimiento en el frente, que el general inglés quedó perplejo, disponiendo sus tropas para dar una batalla, admitida la posibilidad de que el ejército francés le esperaba en Redinha convenientemente preparado para el combate. Aquel choque fué vivo, disputándose ambos bandos con furia el terreno, que el francés abandonó conseguido su propósito, y porque no le convenia prolongar el combate. La estrategia estaba felizmente realizada, y libres de la ofensiva aliada que en aquellos momentos pretendía envolver con tres divisiones los flancos del adversario.

La retirada de los franceses sobre Condeixa fué rápida y hábil al mismo tiempo. La pequeña villa portuguesa era por su gran importancia estratégica, el lugar adecuado y llave de las comunicaciones para Coimbra y Murcella.

A los combates de Pombal, Redinha y Condeixa, sucedieron los de Miranda, Foz de Arouce y Murcella, en los cuales el seguro golpe de vista y la gran energía de Ney facilitaron extraordinariamente el buen orden de la retirada, llegando la vanguardia de Massena á Guarda, en las primeras horas de la mañana del día 21.

Massena tenía un proyecto, que de haberse realizado, quizás hubiérale proporcionado una gran victoria, pero era tal la insubordinación que existía en el alto mando invasor, y el constante deseo de obrar independientemente sus jefes, que fracasaban siempre las operaciones de conjunto.

El hábil mariscal intentaba seguir por Sabugal y Penamacor, hacia el valle del Tajo, á fin de reunirse al rey José y á Soult. De esa manera, reunidos todos, podían hacer frente al ejército aliado, batiéndole con grandes probabilidades de éxito, y mientras tanto continuar la táctica de engaño en la retirada, á la que daba las apariencias de un bien estudiado movimiento estratégico.

Al poner Massena en práctica su proyecto ingenioso, se halló frente á la negativa de Ney, que pretendía retirarse en dirección á Almeyda, frustrándose el movimiento proyectado.

Wellesley, que conocía al detalle las divergencias en el generalato francés, decidió no esperar más tiempo, y el 29 se lanzó sobre Guarda, población ocupada por los adversarios.

Perdida la fuerza moral y disgustado grandemente el de Essling, se retiró á Sabugal, donde fué también batido el 1.º de Abril, prosiguiendo diariamente hostilizado, su retirada, primero á Ciudad-Rodrigo y luego á Salamanca.

Así fué expulsado de la región lusitana el distinguido mariscal del Imperio, vencedor un día de Souvaroff, que en la guerra peninsular, enterraba sus glorias de otras campañas, y perdía para siempre un sobrenombre honroso, con que le bautizara el capitán del siglo, al ser testigo de las arrogancias y suertes de su subordinado en innúmeros combates.

Las tropas aliadas, continuando activas operaciones, llegaban á las márgenes del Coa y atacaron la plaza de Almeyda el 9 de Abril. Desde allí dirigióse Wellington á las inmediaciones de Badajoz, plaza cuyo

cercos dirigía Beresford. El mando de las tropas aliadas se concedió temporalmente al general Spencer.

En tanto Massena, al abrigo de Salamanca, procuraba reorganizar activamente su ejército, para con él realizar un supremo esfuerzo y desbloquear Almeyda, pero al intentarlo el 2 de Mayo de 1811 regresaba Wellington por el Alentejo, y paró el golpe, ocupando posiciones en Fuentes de Oñoro y cubriendo de tal manera el bloqueo de la plaza portuguesa.

En las memorables acciones del 3 al 5 de Mayo, conocidas por la batalla de Fuentes de Oñoro, Massena no logró su intento, viéndose obligado á replegarse rápidamente sobre Salamanca, y esperar allí á su sucesor el mariscal Marmont, que con órdenes precisas del Emperador llegaría de un momento á otro á tomar el mando del ejército, que con tan poca fortuna había dado término á las operaciones bélicas originadas por la tercera invasión á tierras de Portugal.

---



# EL TEATRO DE LAS OPERACIONES

**La guerra y el terreno.—El Duero, línea defensiva.—Valladolid y Salamanca bases de operaciones.—Otras corrientes de agua. Ciudad-Rodrigo y Almeyda.—Comunicaciones**

El terreno en la lucha tiene una importancia grande. Tácticos de todos los tiempos al estudiar la influencia del terreno en los movimientos de los ejércitos, reconocen que aquél puede prestar en multitud de circunstancias, ayuda poderosa para la realización de un objetivo.

La constitución geográfica de un país, determina las más de las veces, el carácter de una campaña, y si tal ocurre en el conjunto de las operaciones que la integran, en el choque, en el combate, son de más valor los accidentes topográficos que el suelo ofrezca y que la habilidad del mando elija para ayudar á neutralizar la superioridad del adversario.

La historia con su abundante arsenal de enseñanzas, nos ha dicho algunas veces, que un altozano sin valor en las cartas geográficas, una casa, un arroyo, un detalle topográfico al parecer insignificante, ha sido en determinado momento, eje, punto principal de una batalla ó de un combate, y su posesión, su toma, encarnizadamente disputada por los contendientes, plenamente convencidos de que su conquista decidía la victoria.

Un arroyo apenas conocido, dió el triunfo á los aliados en los días memorables de Fuentes de Oñoro, unas granjas en Waterloo, el cerro de Medellín en la jornada de Talavera, y el Arapil Grande en la batalla que más adelante describimos.

Claro es que no hay que atribuir al terreno importancia decisiva en las campañas, porque equivaldría entonces negar validez á las tropas, al elemento «hombre», que ahora y siempre decidieron la victoria, alcanzada en todo momento por un grado máximo de instrucción intensiva, en el sentido verdaderamente nacional, que hizo al combatiente enamorarse de un ideal, que avigoró su ánimo, provocando un entusiasmo que fuertemente le inculca el deseo de vencer.

Si la organización y la instrucción son elementos de gran importancia en la batalla—ha dicho el eminente general Langlois—no hay que olvidar que la fuerza moral, es el factor principal. Y la fuerza moral tiene siempre su origen en la fé de una idea.

Un táctico moderno decía, que hoy se ha olvidado la antigua teoría que hacía dueño de un país, al que lo era de regiones determinadas de él, y que atribuía la victoria táctica al que se apoderaba de tal altura ó pueblo; pero también sería erróneo considerar que las tropas combatientes puedan sustraerse de la influencia de los accidentes del suelo.

El terreno como elemento aliado al hombre, generalmente influye para atenuar las dificultades y aprovechar las ventajas que su configuración pueda ofrecer en un momento dado de la lucha ó en toda ella.

Antes de comenzar las operaciones preliminares de los ejércitos acaudillados por Wellesley y Marmónt, en castellanos parajes, estudiaremos el terreno en que aquellos se movieron, anotando de paso algunas consideraciones militares que nos sugiere la situación geográfica de la comarca, á la que muy bien podía aplicarse aquella original observación de Lewal en «Anibal y Magenta», cuando se refería á determinadas zonas que parecen atraer las batallas, como las elevadas cimas atraen el rayo.

Necesariamente es una de ellas, la vasta y elevada cuenca del famoso Duero.

Es este río uno de los más importantes en la occidental vertiente de la Península Ibérica. Conocido de todos su origen, y primer recorrido, concretaremos su estudio desde Valladolid, la antigua ciudad, que por la posición central en la cuenca, su población de importancia y núcleo de comunicaciones en la santa lucha, constituía preferente objetivo en las operaciones bélicas.

Llegado el Duero á Tordesillas, la villa celebrada en la guerra de las Comunidades y bañado su término, el río describe una inflexión notable, torciendo su corriente al suroeste hasta Castronuño, de aquí marcha al noroeste, para llegar á la rica Toro, desde cuyo punto continúa su normal dirección oeste. El Duero determina con tales inflexiones tres ángulos: Tordesillas al sureste, Castronuño al norte y Toro al suroeste, ángulos que desde el punto de vista estratégico tienen gran interés, bien sea para forzar ó defender el paso de la corriente.

Otra particularidad que se precisa tener en cuenta, es que el Duero en el trozo que mencionamos presenta sus márgenes en tal forma, que forzosamente le hacen ser línea defensiva natural de primer orden, porque la derecha domina completamente á la izquierda. Ya mucho antes de llegar á la capital pinciana, se nota en la derecha del río, una línea continuada de alturas, desde las que se bate perfectamente el terreno de la izquierda, circunstancia aprovechable y ventajosa, que subsiste después, al enlazarse con los derrames de Torozos, y continuar pasado Zamora, por un foso natural, que dificultará siempre toda operación ofensiva, porque además de tal obstáculo, los ríos Guareña, Tormes, Yeltes y Aguada, afluentes por la izquierda, entorpecerán todo intento en dicho sentido.

Grandes son las ventajas que presenta la derecha del Duero por su dominación extensa y absoluta, pudiendo quien la posea, no solo tener á raya al adversario, sinó estudiar sus movimientos y obrar con

acierto, cuando le venga en ganas, ya sea en el paso del río ó en dificultar su cruzamiento.

El terreno en el que principalmente tuvieron su desarrollo las operaciones que determinaron la famosa campaña de 1812, corresponde casi por completo á la región de Castilla la Vieja, ó sea la comarca central de la cuenca del Duero.

La capacidad del territorio, que permite á las grandes masas guerreras maniobrar con holgura, por ser generalmente terrenos ondulados, la feracidad del suelo, el número é importancia de las poblaciones que aquél comprende, y la proximidad al antiguo reino lusitano, hacen ser á la región castellana apetecida por los ejércitos de Marmont y Wellington, que en ella han de moverse y combatir bizarramente, porque las luchas en tierras de Castilla, fueron siempre más decisivas que las verificadas en países montañosos. La consideración de equilibrio de ambos ejércitos, hizo á los dos jefes fijarse en esta comarca, para seguir la campaña en buenas condiciones.

Salamanca para nuestro estudio, se la designa como base secundaria en las operaciones. Las alas de esa base pueden indudablemente extenderse, sinó mucho, al menos con fácil y seguro apoyo, por su derecha, en la vieja Zamora y el Duero, y por su izquierda, en la cordillera y puerto de Baños.

Los ríos Tormes, Yeltes y Agueda, afluentes del Duero fronterizo constituyen también en la izquierda márgen de este, otros tantos obstáculos para todo ejército que retroceda al río citado en busca de seguro acomodo para sus operaciones. El Tormes, una vez abandonada la ciudad salmantina, ahonda el cauce, presentando sus orillas muy escarpadas, hasta dar su caudal al Duero. El Yeltes, marcha también decididamente al noroeste, y aunque su corriente no es excesiva, el cauce es profundo, formando con el Tormes una línea paralela próxima á la frontera.

En el trozo de comarca que estudiamos llama la atención un contrafuerte que arrancando de la peña de Francia, corre al noroeste también, y que se le designa indistintamente con los nombres de Sierra de Monsagro y Sierra de Ciudad-Rodrigo, conjunto orográfico que siguiendo al Duero en su parte baja ó final, queda contrapuesto á las portuguesas *cemas* de Moga-douro, difíciles de cruzar en aquella época por la carencia absoluta de rutas.

La línea del Agueda está muy al oeste, y en ella Ciudad-Rodrigo, punto el más avanzado en aquellas operaciones. La antigua *Miróbriga* era una plaza de guerra, en regular estado de defensa, que al desarrollarse la campaña de Salamanca, constituiría una base más por operar en la dirección de Portugal.

Al oeste limita el valle del Agueda un contrafuerte no muy áspero, denominado á veces sierra, y el que á partir de la de Mesas, corre al norte, hasta concluir en el Duero. Allí se encuentra otra plaza de guerra: Almeyda, que aunque más reducida y antigua que la española de Ciudad-Rodrigo, tenía mejor situación que ésta. Las dos plazas constituían los más avanzados centinelas de las tropas aliadas para vigilar estrechamente la frontera.

Las vías de comunicación las clasificamos en dos grupos: uno el constituido por los caminos que cruzan la Carpetana, y entre ellos como línea principal la carretera de Madrid, que después de extenderse por el valle del Adaja y cruzar el puerto de Guadarrama era excelente base de operaciones, y otro, todos los caminos ó rutas que cruzan la frontera, ó á ella marchan.

Y para no extendernos en más observaciones estratégicas, añadiremos como final, que la historia ha demostrado que una línea, la del Agueda, ya fué en ocasiones varias, base para penetrar en Portugal é ir en la dirección de Lisboa, circunstancia que conocían los generales del Imperio, porque dada la estructura orográfica del vecino reino, la marcha de un ejército

á dicho punto, aunque larga y relativamente tortuosa, era la que menos dificultades geográficas presentaba.

En esta memorable campaña, el objetivo principal era como manifestamos, la posesión de la cuenca del Duero, que con sus afluentes, ofrecía posiciones excelentes, que aprovechadas convenientemente influirían mucho en el curso de las operaciones.

Wellingtón, gran conocedor de la comarca en que operaba, tenía en su favor notoria superioridad sobre Marmont, por ser además dueño moral del país y tener asegurada la retirada á Portugal, si las circunstancias le colocaban en grave ó difícil aprieto.



# LA CAMPAÑA DE SALAMANCA

**Errores fácticos.—En la Beira Baja.**  
**El general Silveira.—Proyectos de Wellington.**  
**Líneas de operaciones.—La base del Agueda.**  
**Organización de las tropas aliadas**  
**en la campaña**

Expulsado Massena definitivamente de la frontera, en los meses primeros del año de 1811, consideróse como grave error la división de las tropas aliadas en dos agrupaciones.

Dado el desarrollo de las operaciones y su localización en tierras castellanas, parecía consecuencia natural la unión del ejército, bajo un solo mando, y de tal modo poder lanzarse sucesivamente sobre los puntos débiles del adversario, alcanzando en no largo período de tiempo, éxitos decisivos, que acabasen con los núcleos invasores. Eso no se hizo, ignorándose las poderosas razones que para su separación, animasen á Wellington, aunque no deja de adivinarse en aquel proceder, que acaso las plazas de Badajoz, Almeyda y Ciudad-Rodrigo, fueran la obsesión del generalísimo.

Divididos los aliados en dos columnas, una se entregó á Beresford, para que con ella operase sobre Badajoz y su campo, y la otra quedó á las inmediatas órdenes de Wellington, con la exclusiva misión de moverse á la expectativa de las ya citadas plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeyda. Esta plaza portuguesa había perdido su principal interés, una vez terminadas las invasiones en aquel reino, siendo fácil su conquista, lo

que no sucedía con las españolas de Badajoz y Ciudad-Rodrigo, que bravamente resistieron todo aquel año las tentativas de los libertadores.

El error lamentable de la división de los aliados, apareció entonces claro y terminante, porque en los ataques de las tropas, vigorosas y entusiastas, nada práctico se conseguía, debido indudablemente á la conjugación de los esfuerzos de Marmont y Soult, cuyas tropas bien organizadas movíanse sin entorpecimiento de gran monta, á lo largo de la frontera.

Tras no pocos esfuerzos y pérdidas logró Wellesley tomar á Ciudad-Rodrigo el 20 de Enero de 1812, pero todavía le quedaba Badajoz que se rindió al tercer cerco, viéndose precisado el general británico á congregarse frente á sus muros todos los recursos de que disponía en personal y material. La plaza del Guadiana después de varios asaltos quedó en poder de los aliados el 7 de Abril de aquel año.

Animado el inglés por aquellos hechos, pensó en futuras operaciones que fueran satisfactorio remate de su mando en la guerra peninsular, y con una actividad grande en aquel frío y calculador temperamento, estudió un plan cuyo resultado sería el de arrojar fuera de la región castellana y acorralar en las márgenes del Ebro, á los núcleos enemigos que se movían en el Dueño medio.

Conquistadas ya las plazas mencionadas, la atención del general británico pareció fijarse en la Beira Baja, comarca amenazada de nuevas invasiones por los subordinados de Marmont. En previsión de ello, las columnas que operaban en el Norte, recibieron orden de concentrarse rápidamente en aquella región lusitana, para impedir los intentos del adversario.

El general Silveira, después de las sangrientas jornadas contra Clarapede, y cumpliendo órdenes recibidas, abandonó sus favorables posiciones de Tras-os-Montes, para unirse á las fuerzas de Trant y Wilson, y marchar sobre Guarda.

Era el brigadier Francisco da Silveira una de las figuras de más relieve en aquella azarosa época, aunque para algunos historiadores la personalidad del ilustre portugués fuese desconocida. Activo y cooperador entusiasta en la obra de Wellington, llevó á cabo en la lucha con los franceses operaciones que le acreditaron como hábil jefe. Descendiente de uno de los más grandes héroes lusitanos que inmortalizaron su nombre en la conquista de la India, en el general Silveira se manifiestan de modo exuberante el atavismo de raza, heredada de sus mayores, y las cualidades de bravura, audacia y noble altivez, que poseía en sumo grado, hicieronle ser el ídolo de los pueblos trasmontanos durante la guerra de invasión. Desde que en 1807 se insubordinó contra el mariscal Junot, cuando este pretendía de Coimbra la formación de la legión portuguesa al servicio de Napoleón, no cesó Silveira de luchar denodadamente contra los invasores.

El caudillo era en la época que le mencionamos Conde de Amarante, y teniente general del ejército portugués, en recompensa á los señaladísimos servicios prestados á su patria, en el transcurso de la Independencia.

Marmont había atacado á Ciudad-Rodrigo, y rompiendo la frontera por la Beira-Baja, dirigióse á Castello-Branco, por Sabugal, pero al tener noticia de la pérdida de Badajoz, y de la aproximación de Wellington, retrocede hacia España, acantonando sus tropas en las márgenes del Duero, al propio tiempo que el bando aliado retornaba á las primitivas posiciones del Coa y Agueda.

En Junio de 1812 es cuando Wellesley inicia definitivamente su campaña memorable, que imitando á los historiadores franceses llamaremos de Salamanca, pues en esta provincia tuvo su origen y parte de su desarrollo.

Las fuerzas aliadas cubrían, como ya manifestamos, la entrada de Portugal, extendiéndose por las

orillas de los ríos Coa y Agueda, esperando órdenes de su jefe Wellington, quien para desorientar al enemigo dejó en las llanadas extremeñas á Rolando Hill con 17.000 hombres y 24 piezas de artillería. En la región de Tras-os-Montes situó un núcleo de observación, para operar en combinación con el 6.º cuerpo, que fijaba su base en el Bierzo (Puerto de Manzanal). Estas tropas tenían como principal misión la de atacar por el flanco cuantas columnas llegasen á reforzar el ala derecha del ejército de Portugal.

Como punto céntrico eligió Wellington la plaza de Ciudad-Rodrigo, y eje directriz de marcha el camino de Badajoz. En esta ciudad estableció el Duque su cuartel general con 46.000 hombres de infantería y 3.500 jinetes.

La colocación de las fuerzas empezó á desorientar á los generales del Imperio, que ignoraban cuáles fueran los planes del inglés, quien á veces mostraba verdadero empeño en tenaz defensiva, cristalizándose en posiciones; y otras, esa defensiva era tan solo aparente, porque le servía de estratagema para iniciar impetuoso ataque. Para Marmont, era el general británico un soldado desigual, con apariencias engañosas.

Toda la atención de entonces concenrose en los movimientos que el generalísimo imprimiera á las tropas aliadas, esperándose con vivo interés y curiosidad en la Península entera, el desarrollo de la campaña, que sin grave contratiempo se había iniciado.

Se hicieron como siempre, cábalas y juicios, adversos unos, favorables los más, sobre la suerte futura de aquel ejército que, ó libraría á la Iberia del yugo extranjero, ó que por el contrario, derrotado y maltrecho, afirmaría en su trono al rey intruso. De campos castellanos saldría la solución á tan enigmático problema.

Dos rumbos, al parecer, poseía Wellington, para mover sus columnas. El marchar sobre la región bética y obligar á Soult á levantar el cerco de Cádiz, atrayéndolo hacia Castilla; ó emprender el camino

seguido ya en 1809, cuando la campaña memorable de Talavera.

Esas eran las suposiciones en el alto mando francés.

El primer proyecto, ó sea la marcha sobre la región andaluza, desde el punto de vista táctico, lo creemos demasiado atrevido, porque las operaciones sucesivas harían que el núcleo aliado se distanciase de su base y por consiguiente expuesto fácilmente á un fracaso, porque las únicas fuerzas que podrían prestar ayuda, y eso relativa, eran las de Hill, disgregadas ya para la observación de Drouet en los pasos de Sierra Morena, y las que se mantenían para interceptar la comunicación enemiga entre Andalucía y Portugal.

Es preciso también no olvidar que los movimientos estratégicos de las grandes masas ocupan bastantes caminos, y aun cuando un conjunto de tropas se mueva todo él en una dirección determinada, procurará hacerlo dividido en varias columnas que marchen por las rutas más próximas y paralelas. Todo ese haz de caminos, constituye las líneas de operaciones, que nosotros no poseímos por carecer de plan en una guerra que nos sorprendió. Las líneas de operaciones de Junot, hacia Portugal, las de Soult contra el mismo reino por Galicia, las de Dupont por Andalucía, Moncey en Levante, Suchet en Aragón y Cataluña, Sebastiani y Víctor en la segunda campaña andaluza, y tantas otras como estudiadas concienzudamente por el gran estratega del siglo, eran inequívoca prueba de acierto, para el comienzo de una campaña de invasión que en la mente de Bonaparte estaba prevista y resuelta hasta en los más pequeños detalles. Al poner en práctica tan admirable plan, hubo fracasos por el desconocimiento del carácter del pueblo hispano, pero no errores estratégicos en la preparación de una campaña, con sus líneas de invasión, de comunicación y de retirada, ordenadas y fáciles todas ellas.

Por lo ya expuesto creemos que Wellington no podía dirigirse hacia Andalucía. Tal vez su tenacidad y

el estudio de la campaña que había comenzado con suerte, hiciéranle concebir la esperanza de llegar á Badajoz, sin grave contratiempo, pero luego, ¿quién le aseguraba el éxito al cruzar la Mariánica, base propia de Drouet, y romper las comunicaciones de Soult con la estepa castellana? Aún más, supongamos que vence el inconveniente—y grande en verdad—el alejamiento de su base central, pues hallaríase frente á una importante corriente de agua, que interponiéndose en su marcha, le imposibilitaría completamente: El Guadalquivir.

Inadmisible es proyecto semejante en un general del talento de Wellington, que asegurado en su línea del Agueda, esperaba la marcha de los acontecimientos; pero el mariscal Soult arraigaba la creencia de que constituía el principal objetivo del inglés, y sin duda tan errónea suposición debió de fundamentarse en exageradas informaciones que le comunicaban sus puestos avanzados, que observaban que la vanguardia de los aliados se dirigía por Sierra Morena. Esto era completamente falso, pues como manifestamos, Wellington no se movía de su base, y lo que ocurría era que las tropas de Graham é Hill, encargadas de la vigilancia en aquella zona, sostenían frecuentemente pequeñas escaramuzas con el enemigo.

La otra línea que Wellington podía seguir, era como adelantamos, la misma de la campaña de Talavera en 1809, ó sea la que determina el curso del río Tajo, por ser la más conocida, frecuentada y directa; pero la vía de agua una vez que deja á Talavera, comienza á estrecharse notablemente, en sus orillas las montañas suben rápidamente de altitud, las asperezas se multiplican, y el cauce desaparece entre una mole granítica imponente, que todo lo invade y aprisiona. Allí no hay valles, ni terrenos bajos, ni vegas, solo alturas escarpadas con ausencia de pueblos y aldeas; los derrames de la Carpeto-Vetónica, únicamente se quiebran para dejar paso á los afluentes. En aquella intrincada ruta

aparece tan sólo un punto estratégico: Almaráz, con su famoso puente en la carretera de Extremadura.

El Tajo no podía ser nunca, pese á las opiniones francesas, línea defensiva. En operaciones desde Madrid, sobre Extremadura ó Portugal, aparecía al costado, pudiendo si acaso tomarse como apoyo de ala, línea de aprovisionamiento, ó para cruzarle en momento oportuno, interponiéndole entre las propias fuerzas y las enemigas. La aspereza y la falta de pueblos en sus márgenes, lo profundo y torrentoso de su cauce, y la absoluta carencia de vados, le hacían ser de condición militar nula.

Había un punto de relativa importancia, que llenó cumplidamente su papel en la guerra de Sucesión, y que años más tarde empleó Wellington con éxito: Almaráz y su puente en la ruta extremeña, que á su izquierda tiene la Sierra de Miravete, posición combinada de río y monte, punto estratégico de relieve y de defensa natural que con ligera ayuda del arte, podía tornarse en inexpugnable.

Ignoramos las razones que Wellington tuviera para no abandonar su magnífica base del Agueda, pero lo que efectivamente resulta verídico es que alguna vez el Duque pensó en Andalucía, porque Napier, el cronista de aquella guerra, en uno de los capítulos de su obra sobre la Independencia, decía: «.....habiendo ahora terminado el general inglés la segunda parte de su proyecto, deseaba dar *una gran batalla* en Andalucía, que hubiese coronado su extraordinaria campaña de invierno, pero se lo impidió la conducta de otros. En Ciudad-Rodrigo los ingenieros habían dejado de reparar las obras; Carlos de España, descuidando el aprovisionamiento de la plaza, había con su opresión alarmado á los habitantes de la ciudad, y creado un espíritu peligroso de descontento en la guarnición; Almeida, no estaba segura, y el ejército de Marmont andaba entre el Agueda y el Coa.»

Desconfianza y duda habíanse apoderado del alto mando francés, resuelto y ofensivo hasta aquí, por no ver claramente el giro que Wellington pretendía imprimir á operaciones sucesivas. La destrucción del puente de Almaráz, llevada á cabo con singular denuedo por las tropas de Hill, el día 19 de Junio, acabó por desorientar á los adversarios.

La valiente maniobra valió á Rolando Hill, el sobrenombre popular de «brazo derecho de Wellington». Ya el ilustre soldado británico había conquistado sólidos triunfos en las jornadas memorables de Vimeiro y Talavera, y mostrado su ímpetu valeroso al proteger la retirada de Moore sobre Coruña.

La única pretensión del generalísimo aliado, era incomunicar á su adversario Marmont, con los ejércitos de la región bética, centro y norte, encerrarlo en la zona castellana y luego dar el decisivo golpe. La destrucción del puente de Almaráz, lo demuestra por ser el primer paso, rápido y seguro, para la consecución de aquel fin.

La acertada distribución de las tropas anglo-hispanas-portuguesas, en Levante, frente á Suchet; en Andalucía, contra Soult; la posición de Hill, al sur del Guadiana, y las de la 6.<sup>a</sup> división observando á Bonet y Cafarelli, hicieron que el de Ragusa abandonado casi, y con difícil enlace con otros núcleos, fuese el único, el preferente objetivo de Wellesley, en sucesivas operaciones, y satisfecho por los primeros frutos de tan concienzudo plan de campaña, cruzó el Agueda y dió comienzo al avance sobre Salamanca.

Llevaba el noble sir bajo su mando las divisiones de la infantería inglesa que comandaban los generales Campbell, Pakenham, Côle, Leith, Clintón y Hope, y que eran por orden de organización, la primera, tercera, cuarta, quinta, sexta y séptima, sumando un efectivo de 41.000 hombres. La caballería—5.800 caballos—se agrupaba en dos divisiones al mando de los generales Marchants y Alten. En aquellas filas de

bravos jinetes, formaba la famosa Legión Real Alemana, que mandaba el general Bock, y cuyos escuadrones regían los intrépidos capitanes von Hattorf y von Decken. La artillería reunía 54 piezas.

España tenía brillante representación en la tercera división del quinto cuerpo—3.882 hombres—á cuyo frente se encontraba el general don Carlos de España, llevando en la vanguardia 950 garrocheros, flor y nata de la tierra charra, que acaudillaba el ya celebrado guerrillero mirobrigense don Julián Sánchez.

---



## LA CONCENTRACIÓN

**Hacia la base.—Salamanca en la dominación.**

**Posiciones de Wellesley.—Las censuras.—Mar-  
mont impetuoso.—Ciudad rendida.**

**En el Duero.—Consideraciones estratégicas.**

**Ejércitos que se observan**

En la marcha de las tropas sobre la ciudad del Tor-  
mes, adoptose una formación en tres líneas, para re-  
fluir precisamente en las inmediaciones de la población,  
en las horas primeras del día 16, y con objeto de mo-  
verse más independientemente, se dieron á las frac-  
ciones rutas fáciles, paralelas y próximas, para una  
recíproca ayuda, caso de operarse en el bando enemi-  
go reacciones ofensivas.

Uno de los núcleos, mandado por Graham, marchó  
por la derecha, siguiendo el camino Tamames-Sala-  
manca; otro, central, derivó á la izquierda por Sancti-  
Spíritus; llevando á su frente el generalísimo, siendo la  
columna eje directriz de marcha, y por último, la ter-  
cera fracción se dió á Picton, y en ella formaban los  
españoles.

Sabemos que toda marcha concluye, ó por el en-  
cuentro, ó por la llegada al acantonamiento ó vivac  
elegido; en el primer caso, esto es, al encontrar al ad-  
versario, la línea avanzada ó de vanguardia es la que  
inicia el combate y lo sostiene mientras llega el cuerpo  
principal. Por esa circunstancia el gran Wellington  
dispuso tan bien sus columnas de marcha, á un punto  
base—Salamanca—sin romper el contacto ni rehuir  
el choque, alcanzando el lugar de concentración sin  
retraso, ni pérdidas, con precisión matemática.

Tres años hacía que las huestes francesas tenían en  
su poder á la ilustre ciudad castellana, y en ese tiempo,

la soldadesca napoleónica, de cohesión en el combate, desenfadada y sin disciplina en la ocupación de pueblos, había despojado de las joyas y artísticas riquezas que atesorara la tranquila capital, llena en la invasión de ruinas y escombros, viendo sus valerosos habitantes robados y profanados sus templos, ametralladas muchas de sus calles, desierta y destrozada su Universidad famosa, y reducidos á polvo por las descargas de la artillería tres establecimientos benéficos, siete conventos y monasterios y ocho de sus colegios, en cuyas aulas la ciencia fluía limpia, como en ningunas otras del planeta. La siniestra imagen del invasor flotaba meses y meses, con nimbos de muerte sobre el Tormes rumoroso, como antes las soberbias águilas, emblema del *Titán* de la guerra, remontaron su vuelo invasor del Tajo al Vístula.

Aun hoy, transcurrido un centenar de años, al admirar Salamanca asentada sobre la derecha margen del Tormes, alzar su heterogéneo caserío sobre las empinadas colinas de San Isidro, San Vicente y San Cristóbal, reflejando en las cristalinas aguas de su río la sombra pintoresca de sus mil atrevidas torres, cúpulas y cimborrios; al extender la vista por la fértil campiña de la Serna, el delicioso valle del Zurguen y las alegres alamedas de Salas Bajas, una pena grande invade el ánimo, porque aquellas heridas originadas en la dominación francesa, no han sido cicatrizadas por completo. Solo la perseverancia, el entusiasmo y cariño de los salmantinos, hará que esta noble ciudad recobre sus antiguos esplendores y preferencias para bien de la Patria y de Castilla. Que Dios corone los esfuerzos de tan preclaros castellanos.

En la noche del 16 de Junio, Marmont evacuó la ciudad al tener noticia de la proximidad de Wellington, dejando en los fuertes el personal y municiones suficientes para obtener una buena defensa.

El de Ragusa, como valeroso soldado, estaba decidido á recibir al adversario en campo abierto, y no al

amparo de los baluartes de la urbe. Confiaba en sus maniobreras tropas, que al combatir en nombre del glorioso Emperador considerábanse fuertes é invencibles. Animaba á Marmont la esperanza de ver duplicado su ejército, con refuerzos que de un momento á otro se le incorporarían, señalando á Villares de la Reina, como punto de concentración, y nueva base que le unía á los fuertes de Salamanca, de los que esperaba tenáz resistencia.

Al siguiente día, Wellington llegó á tomar un punto de observación en el cerro de San Cristóbal, fijando allí la artillería, algo deficiente para el fin propuesto, porque su alcance era muy limitado, para batir los atrincheramientos, y la eficacia de sus fuegos no era la necesaria para masas cubridoras de tanta resistencia como la que dieron los invasores á los conventos de San Cayetano, Merced y San Vicente, de sólidos muros y protegidos por *blokauss*, obras que por entonces estaban muy en boga.

Las reformas en el arte de la fortificación se sentían desde hacía algún tiempo, y ya Napoleón que á su estudio dedicaba cuidado preferente, se lamentaba del atraso en que aquella se encontraba. Los ingenieros franceses estaban bajo la influencia de las ideas de Clairac, y daban gran importancia al trazado geométrico, desdeñando la aplicación práctica al terreno en que habían de situar las obras. Creemos que ese atraso era debido á las armas en uso, porque con el fusil de precisión y la artillería lisa, no eran posible nuevos perfeccionamientos ni la fortificación abandonaba su postración, mientras no vinieran las armas rayadas.

Tras algunos esfuerzos logrose batir las obras francesas, y entonces Marmont con tropas de refresco, preséntase en agresiva actitud frente á los aliados en la mañana del 20.

Las posiciones de los aliados eran excelentes, y según manifestaciones de un testigo, fuertes y dominantes á muchas millas de distancia. Aquella línea á unos

cinco kilómetros de la ciudad la determinan Monterrubio y Castellanos de Moriscos, como apoyo en la izquierda existía una elevación llamada de Nuestra Señora del Viso, como centro unas alturas de acceso difícil y rápidas pendientes, y la derecha estaba constituida por los derrames de las mismas alturas que morían en el Tormes.

El día 20, el mariscal francés, inquieto é impetuoso lanzó la caballería á efectuar un movimiento envolvente en la izquierda aliada, logrando con los fuegos de sus cañones retirar el destacamento de Moriscos, punto elegido por el de Ragusa, para seguir desplegando su acometividad.

Poco ó nada hizo Wellington para impedir aquel pequeño descalabro, porque teniendo á la mano fuerzas suficientes, podía haberlo evitado. Entonces se le acusó de inactivo, como en otras ocasiones ocurriera, sobre todo, cuando sostuvo las líneas famosas de Torres-Verdras. Las censuras no partían de España solamente, sinó de Inglaterra y su prensa que hicieron causa contra el Duque «porque no se animaba á correr el riesgo de una batalla»; y llegó á tanto la indignación por aquella pasividad, que el lord mayor y el Consejo municipal de Londres, dirigieron un memorial al rey, solicitando se incoara una información sobre la conducta flemática del generalísimo. La Cámara de los Comunes murmuraba, el Ministerio no tenía criterio cerrado sobre el asunto, y ánte las protestas, la voz de Wellington, enérgica y tranquila, triunfaba sobre las censuras, siendo oída y respetada aun por los adversarios más intransigentes: «Espero que la opinión del pueblo en la Gran Bretaña, - decía el Duque - no se dejará influir por párrafos de diarios, y que esos párrafos no expresen la opinión popular, ó el sentimiento unánime sobre ese asunto. Por eso yo, que tengo más motivo que cualquier otro hombre, para quejarme de los escritos de esta descripción, jamás les presto la menor atención, y nunca he autorizado que se haga contradicción

alguna, ó se dé una explicación en contestación á las numerosas falsedades y montones de errados razonamientos que han sido publicados á mí referentes, ó á las órdenes que he dado. Y por lo que hace á la amenaza del lord mayor y Consejo Municipal, pueden hacer lo que les plazca, porque aquí no he de abandonar la partida, mientras pueda jugarla».

El general británico continuaba en sus posiciones y Marmont recibiendo refuerzos y en comunicación constante con los fuertes de la ciudad, deseoso de entablar combate. Para ello toma el día 22 una altura en el flanco derecho del ejército aliado. Un oportuno ataque de la división Graham, muestra al francés superioridad numérica, é imposibilita el sostenimiento de tan favorable posición, que el adversario deja prontamente para buscar nuevo apoyo en Aldearrubia y acomodo fácil por su izquierda en los vados que sobre el Tormes existen en Huerta.

Al elegir tal punto, animaban á Marmont muy poderosas razones, y tal vez el mantener expedita la línea de retirada al Duero y Madrid, comunicación que una vez perdida, se vería en la imposibilidad de recuperar, aun á costa de grandes sacrificios.

Como el proyecto era demasiado claro, Wellington, adivinando el pensamiento de su enemigo, reforzó la derecha de su línea con fuerte núcleo, evitándole de tal modo toda comunicación con Salamanca, al propio tiempo que redobló la vigilancia en los vados del Tormes.

Dos días después, el 24, un grupo bastante numeroso de las tres armas combatientes, que según Toreno se elevaba á 10.000 infantes y 1.000 jinetes, y Napier á 12.000 el total efectivo, avanzó en columna cerrada, cruzando el Tormes y estableciendo un contacto con las avanzadas aliadas, constituídas por seis briosos escuadrones germanos de Book, que en aquella lucha trabajaron mucho y bien, resistiendo una granizada de balas, envueltos además en la densa niebla que impedía

el socorro, porque era de todo punto imposible fijar aproximadamente las posiciones contrarias. El papel de la caballería alemana resistiendo las hábiles maniobras del enemigo, y retrasando el combate de vanguardia, hasta que el día entrara, y con él los refuerzos para oponerse al ataque, fué merecedor de justas alabanzas. Wellington lanzó en ayuda de los caballos de Book, dos divisiones al mando de Graham, que dió á sus tropas el orden de formación apropiado para el paso del río, semejante al de la columna doble abierta. La caballería mandada por Merchants se estableció en los flancos para proteger el vadeamiento, y casi al mismo tiempo, se operó en el bando aliado un cambio de frente á la derecha, para fortalecer este costado, debilitado por las salidas de algunas fuerzas, ofreciendo aquel movimiento indudable acierto, porque evitaba posibles arrollamientos.

El mariscal Marmont siguió con su ejército hasta el lugar de Calvarrasa de Abajo, pueblo de escasa importancia asentado en terreno llano y en el trayecto de Avila á Oporto, y apercibido de la presencia de los aliados, dió contraorden para la retirada, cruzando el río por el citado vado de Huerta.

Hubo es esta marcha retrógrada, un momento que aprovechado por Wellington, hubiérale quizás dado la victoria sin grandes esfuerzos, solamente con oponerse á que el enemigo retomase sus primitivas posiciones. Nosotros, sin embargo, no criticamos al Duque como algunos historiadores lo hicieran por su proceder en aquel hecho, estando de acuerdo con un ilustre escritor cuando dice: «...pero hay que tener presente, en primer lugar, lo anómalo de un combate en que las tropas de ambos contendientes se hubieran encontrado divididas por un río, vadeable es verdad, mas en pocos puntos y bastante distantes entre sí para las maniobras combinadas de una batalla. Los franceses por otra parte tenían para tal encuentro la ventaja de su movilidad tan importante, cuando era de absoluta

necesidad el paso precipitado del Tormes, para proteger los cuerpos mutuamente y trasladar allí donde fuera precisa su asistencia.»

¿Estaba en lo cierto el generalísimo británico? Examinada detenidamente su conducta y la situación de sus tropas al lanzarlas en busca de aventuras, á lo mejor de negativo resultado, hiciéronle pensar sobre un futuro no definido, amoldando su proceder á la prudencia y la reflexión, aliadas del talento, y dominando sus deseos vehementes como general en jefe, ansioso de gloria, que en la torpeza del adversario ve clarear los laureles del triunfo, y se resiste á conseguirlo por ser problemático.

El fin propuesto se acercaba rápidamente y la rendición de Salamanca á los aliados fué un hecho en los comienzos del 27 de Junio. Cañoneados los fuertes, rendida la guarnición y tomada la artillería, el mariscal Duque de Ragusa, malhumorado por su poca suerte levanta los *vivacs*, y emprende con sus tropas una marcha retrógrada en dirección de las cuencas del Guareña, Trabancos y Zapardiel, afluentes en la izquierda del Duero, hasta que el 2 de Julio, ocupa la derecha del río, en expectante situación mientras se le van incorporando algunas columnas que operan en inmediatas zonas.

Wellingtón después de cubrir con tropas la ciudad salmantina, emprendió con el resto de su ejército una marcha en dirección noreste, para seguir de cerca los movimientos de su adversario, estableciendo con él, relativo contacto, que en manera alguna debía perder.

La nueva comarca en que los aliados se movían, llenaba cumplidamente los deseos del generalísimo, pues á la riqueza del suelo, se unía la ventajosa condición de hacerse fácil y rápida la concentración de núcleos distanciados, porque el terreno no ofrecía particularidad topográfica alguna. Era la llanada en la que se acampó el 30 de Junio, á más de extensa, muy rica y poblada, y en ella se encuentran villas tan

renombradas como Rueda, Nava del Rey y Medina del Campo. Un historiador designa la comarca con el nombre de valle del Guareña.

Claro es que en términos generales está bien designada, pero hay otro valle también, ambos determinados por tres corrientes—Zapardiel, Trabancos y Guareña—próximas todas ellas. El Zapardiel y el Trabancos, son dos riachuelos que se originan entre varios espolones que la sierra de Avila destaca al Norte, y corren en esta dirección por la llanura, bañando el primero á la histórica Medina, afluyendo al Duero poco agua abajo de Tordesillas, y el segundo poco agua arriba de Castronuño. El Guareña es también otro río secundario que aparece al oeste de los anteriores y cruza como ellos la comarca, uniéndose al Duero, agua arriba de Toro.

Solamente había que conquistar una línea defensiva natural: el Duero. Su posesión era de gran importancia en un terreno como aquel, desprovisto de toda altura, que de haber existido muy otro sería el plan desarrollado y diferentes los resultados. Ya la práctica aconsejaba entonces que un río por caudaloso y grande que fuese, no era la mejor línea defensiva. Una cadena de alturas, ó simplemente una, llenaba mejor tal fin, pero como ya manifestamos, en Castilla, y sobre todo en aquella zona, el curso del Duero, río de gran corriente, constituía la línea defensiva única, era menester poseerla para seguir la campaña en condiciones.

Estrategas como Napoleón aseguraban ser difícil impedir el paso de un gran curso de agua á un enemigo que cuente con bastantes equipajes de puente; y Hamley que dice: «es mucho más fácil construir puentes sobre un río, que caminos entre montañas, habiendo muchos más puntos de paso en aquel, que en una cordillera de gran longitud.»

Y no solamente en el tránsito veríase la diferencia, pues lo general es que una masa de alturas, presente á retaguardia ancha zona defensiva, donde pudiera

prolongarse toda resistencia, auxiliándose de sus es-  
tribaciones, bien paralelas ó perpendiculares.

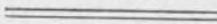
No ocurre así en el Duero, que por ancho y profun-  
do que fuese, no ofrecía disposición para constituir esa  
faja de resistencia, porque sus valles afluentes y per-  
pendiculares servirían de directrices á futuras líneas  
de operaciones, una vez salvada la corriente principal.

Quince días permanecieron inactivos ambos ejérci-  
tos, situados frente á frente, separados por el Duero,  
y ninguno dispuesto á tomar la iniciativa de ataque.  
Los elementos patrióticos, que seguían con detalles las  
operaciones bélicas, volvieron á censurar al Duque  
por su inmovilidad, acusándole por su tardanza en de-  
cidir la suerte de una campaña que parecía no acabarse  
nunca, y mucho más al disponer afortunadamente  
con tropas suficientes, aceptables posiciones y una  
base propia para desarrollar su plan.

¿Tenía razón el pueblo para protestar contra aque-  
lla irritante pasividad? Un imparcial narrador, al co-  
mentar el hecho, dice: «Lord Wellington había conse-  
guido la mayor de sus aspiraciones, el resultado de  
sus cálculos, el fruto de sus órdenes á todas las tropas  
regladas y volantes que operaban en España, el aisla-  
miento del general Marmont, que se presentó sólo, sin  
auxilio alguno de los suyos, á los golpes que sobre él  
se proponía descargar el generalísimo inglés. Eránle  
á éste conocidos el número y los recursos de sus ene-  
migos, los proyectos que concebían, los movimientos  
que ejecutaban, hasta las esperanzas que podían abri-  
gar de más ó menos refuerzos, todo lo cual se revela en  
los despachos dirigidos al gobierno británico. Sabía  
los medios con que podía contar en el país, cuyos pro-  
hombres comunicaban con él, y no carecía de noticia  
alguna que pudiera serle útil: tal era el espíritu favo-  
rable de las poblaciones del teatro de la campaña.  
¿Cómo, pues, un general tan prudente y tan previsor  
había abandonado su campo de Fuenteagualdo para  
detenerse primero en Salamanca ante 800 hombres,

permanecer después á la defensiva enfrente del poco numeroso ejército de Marmont, y por fin, más tarde, mantenerse inactivo en la orilla del Duero?

Búsqese, pues, en la circunspección del Lord Wellington, y en la idea que debía de tener de la habilidad de su rival, la causa de su inacción, y la de sus movimientos retrógrados posteriores.



# COMIENZAN LAS HOSTILIDADES

## **Paso del Duero.—Operaciones brillantes. Retirada de Wellington. — Marcha memorable de los ejércitos.**

Excelentes por su situación eran las posiciones que el Duque de Ragusa ocupaba en la línea del Duero, infranqueable entonces para el ejército aliado, pues aunque existían algunos vados, eran, sino difíciles, poco practicables para grandes masas, y además bastante distanciados del punto principal de ataque, que debían seguir, al observar el aumento de las tropas de Marmont, por la incorporación de algunos refuerzos.

El único paso fácil una vez destruido el puente de Toro, era el vado de Pollos, donde el ejército francés apoyaba su derecha, que llegó á prolongar después hasta la villa citada, al incorporársele Bonnet y sus huestes. El centro enemigo estaba situado en Tordesillas, y la izquierda en Simancas y Valladolid.

Como fácilmente se observa, los pasos francos del río, por puentes y vados eran de la exclusiva pertenencia del bando contrario, que convencido de su situación inició una ofensiva resuelta.

En los primeros días del mes de Julio habían sido rechazadas algunas brigadas de aliados que intentaron cruzar el Duero, y estos pequeños fracasos quizás hicieran pensar á Wellington en una prudente retirada á tierras de Portugal, comunicación que una vez perdida exponíale á lamentable derrota; por eso el general británico no olvidaba en ningún momento su línea de retirada, y tal vez todas sus concepciones estratégicas

sucesivas, tuvieran origen en el deseo de conservar á toda costa la importante comunicación.

El paso del río, operación atrevida, peligrosa, llevada á dabo con acierto y rapiñez por el ilustre borgoñés, reveló el talento militar del antiguo ayudante de Napoleón, que no era ya el atacado, sino el intrépido ofensor, que halla fácil solución á una empresa, sino imposible, al menos arriesgada. El día 16 había llamado la atención con algunos destacamentos á la izquierda de Toro, y el 17, al amanecer, presentábase en la extensa llanura de la Nava del Rey, con el asombro de Wellington que no creyó en osadía semejante, poniéndole en grave aprieto, á pesar de su propia superioridad numérica que indeciso y perplejo ignoraba qué partido tomar.

Merecidos elogios se tributaron al hábil mariscal, que tal vez en igualdad de fuerzas hubiera derrotado á Wellington, porque el paso del Duero en aquellas circunstancias significaba ya un triunfo para su autor, triunfo tan señalado como aquellos que alcanzó en Castelnovo, Marengo y Znaim.

La historia de la Legión Alemana cita aquella operación, para muchos desconocida, por no haberla adjudicado la necesaria importancia (*Sandte er Marmont ein bedentendes corps bei Toro über den Donro.*)

La caballería aliada que desempeñaba principal misión mandada por los generales Marchants, Altén y don Julián Sánchez, contuvo con sus cargas impetuosas al enemigo, protegiendo la retirada de Wellington, á la izquierda del Guareña, el 18 de Julio, después de bastantes pérdidas.

El Mariscal francés refería así aquel hecho: «Protegidos por una numerosa caballería se dividieron (dos divisiones inglesas) remontando el Guareña para pasarlo más fácilmente. Si á pesar de mi inferioridad numérica de caballería hubiese tenido allí al general Montbrún, hubiéramos sacado un gran partido de aquellas circunstancias, pero había marchado hacia

dos meses al grande Ejército y yo no tenía para mandar mi caballería más que oficiales muy medianos».

Otro escritor dice: «Dos columnas de infantería (inglesas) á medio tiro de fusil una de otra, avanzaban impetuosamente hacia un mismo punto, de ambas partes los oficiales se lo mostraban con la espada, quitándose cortesmente los sombreros, mientras que la caballería alemada, compuesta de hombres de fuerzas atléticas, montados en caballos de gran alzada, galopaba entre ellos en masa, compacta, como para evitar una colisión. De tiempo en tiempo se escuchaba circular de la cabeza á la cola, las voces de mando y los silbidos de los proyectiles al pasar por encima de las columnas, cuya marcha se aceleraba cada vez más».

La retirada de Wellington á la margen izquierda del Guareña, fué un acierto indudablemente, pues la posición en la que fué á situarse era buena y de bastante dominación sobre los tres pueblos: Castrillo de la Vid, Olmo de la Guareña y Vallesa, inmediatos á Fuentesauco y en la ruta de Salamanca que jamás abandonaba el Duque. La posición estratégica de que hablamos, buena por todos conceptos en la defensiva, era inútil desde el momento en que pudiese ser flanqueada, para lo cual antes era preciso remontar el Guareña, que en aquél término es difícil de cruzar por las asperezas de su cauce, y presentar el valle dificultades para las operaciones por núcleos numerosos.

Y de la dificultad del ataque debió convencerse el de Ragusa, al variar su táctica primitiva ejecutando una serie de hábiles maniobras con el eje provisionalmente en la pequeña eminencia que determina la villa de Cantalapiedra.

Por lo expuesto dedúcese que todos aquellos movimientos, respondían al deseo vehemente de llevar al adversario á la izquierda del Tormes, para cortarle el flanco derecho.

El día 20 de Julio dieron comienzo las memorables marchas preparatorias para la elección definitiva de

posiciones en la batalla, marchas que tantos elogios merecieron á los historiadores, que de ellas sacaron provechosas enseñanzas engrosando la logística, importante rama de la estrategia que estudia detalladamente la ejecución de las combinaciones y maniobras proyectadas por aquella mientras son anteriores al choque.

La proegética nos presenta marchas notables como las del gran ejército de Napoleón en 1805, al avanzar del Inn al Salza, y desde este punto al Traim, y otras muchas; pero ninguna de ellas era tan táctica, tan hábil y normal como aquella que ejecutaron horas antes de una batalla memorable, fuertes ejércitos poseídos de entusiasmo, que se adivinaban en sus proyectos, respetándose días y más días y acumulando así grandes energías, para de ellas hacer gala en el rudo choque, disputándose los laureles del triunfo, suprema y lógica aspiración en los dos bandos.

Carlos Napier, el ilustre narrador de la grandiosa epopeya, al referir las operaciones precedentes á la batalla, se expresa en forma tan brillante y con tal brio, que muy gustosos le cedemos el puesto, para que dé gallardas pruebas de su estilo exquisito, avalorado por la indiscutible autoridad de quien es testigo de los hechos.

El día 20, al rayar el alba—dice Napier—en lugar de atravesar el Guareña para disputar la elevada meseta de Vallesa, Marmont marchó rápidamente en varias columnas cubiertas por una fuerte retaguardia, remontó el río hasta Cantalapiedra, y lo pasó en este pueblo, á pesar de las dificultades que presentan sus orillas, antes de que se tomase disposición ninguna para oponerse á ello. Así Marmont envolvió el flanco derecho de los aliados, y ganó una nueva cadena de colinas que descienden hacia el Tormes, y son paralelas á las que proceden de Vallesa. Wellington hizo inmediatamente un movimiento correspondiente.

Entonces comenzó una evolución semejante á la del 18, pero en escala mucho mayor, respecto al número

de las tropas y á la extensión del camino. Los aliados marchaban en dos líneas de batalla, á tiro de fusil de los franceses, esforzándose por tomar la delantera á fin de interceptar su camino en Cantalpino; de ambos lados la artillería cambiaba sus rudas saluciones cuando lo permitían los accidentes del terreno, y los oficiales como valientes que desconociendo el temor, no guardan ningún resentimiento, se saludaban militarmente al reconocerse, mientras que de una y otra parte la caballería vigilaba con suma atención, pronta á cargar. Pero el general francés, haciendo hábilmente maniobrar su ejército, como un solo hombre, á lo largo de la cresta de las alturas, conservó su dirección. En Cantalpino se vió claramente que los aliados estaban flanqueados; Marmont en este tiempo había dispuesto con tal destreza sus tropas, que no ofreció ocasión alguna de atacarlas parcialmente.

Las memorias del Duque de Ragusa, consignan datos de importancia sobre aquella maniobra: «El ejército bien formado, y las filas unidas marchaba en dos columnas paralelas, la izquierda en cabeza, por pelotones á distancia entera, podían formarse dos líneas en un instante á la voz de «á la derecha en batalla». El Duque de Wellington me ha dicho después que sus proyectos habían sido burlados, porque todo el ejército había marchado como un solo hombre. Efectivamente, las tropas presentaban el conjunto más imponente. El enemigo siguió entonces una meseta paralela á la mía, ofreciendo en todas partes una posición en el caso que yo hubiera querido atacarle. Los dos ejércitos marchaban así á corta distancia uno de otro, con toda la celeridad compatible con el orden y la conservación de sus formaciones. El enemigo trató de adelantarnos en la aldea de Cantalpino, y dirigió una columna sobre el pueblo con la esperanza de situarse antes que nosotros en la meseta que lo domina, y hacia la que nos encaminábamos nosotros también; pero no alcanzó su intento. La caballería ligera que yo envié allí con la

octava división en cabeza de columna, marchó tan rápidamente que el enemigo se vió forzado á renunciar su propósito. Más aún, hallándose próxima y más baja que la nuestra la parte practicable de la otra meseta, algunas piezas de artillería situadas convenientemente, incomodaron al enemigo. Una parte considerable de su ejército tuvo que desfilar bajo el fuego de aquellos cañones, y el resto se vió obligado á dar una vuelta por detrás de la montaña, para evitarlo.»

«El espíritu de las Instituciones Militares» dice al comentar la marcha preparatoria: «Los dos ejércitos continuaron su marcha separados por un estrecho valle, siempre dispuestos á recibir la batalla; cambiáronse algunos centenares de cañonazos, según las circunstancias más ó menos favorables que daban origen las sinuosidades del terreno, porque cada uno de los generales quería recibir la batalla, y no atacar. Así llegaron después de una marcha de cinco leguas á las posiciones que respectivamente querían ocupar; el ejército francés, á las alturas de Aldearrubia y el inglés á las de San Cristóbal».

Maniobraron los ejércitos varios días, desplegando una gran habilidad, y observándose mutuamente hasta lograr las posiciones en que habían de situarse para decidir quién había de obtener la suprema autoridad, no ya sobre la región castellana, sino tal vez de la península entera.

Si es cierto que el patriotismo de las tropas napoleónicas era grande, no es menos exacto que la reputación conquistada por Wellington mantenía inalterable la fidelidad y obediencia, no sólo de los ingleses, sino de los demás aliados que en compacto grupo bizarramente se oponían á los deseos conquistadores del ceñudo y glorioso Capitán del siglo.

A ninguno de los jefes faltaba el valor, primera cualidad del general, ni el ingenio para que fuese fértil en combinaciones estratégicas, y como los dos adversarios se conocían, natural era que cada uno, por

propia cuenta, se aprovechase de la audacia y habilidad del otro. Unase á esto el levantado espíritu que á las tropas animaba, confiadas en su valor y esfuerzo, y la resultante será el rudo choque que dió el triunfo definitivo á Wellington.

El objetivo principal que guiaba á Marmont era el de interceptar á su adversario la línea de retirada á la antigua *Miróbriga*, y cuantos cambios de situación realizara, atendían preferentemente á la idea constante que abrigaba, porque una vez cortada la comunicación con Portugal, la victoria sobre los aliados era fácil.

El día 21, víspera de la batalla, Marmont hizo alto con su ejército, y vivaqueó en una posición bastante aceptable, inmediata al pueblo de Calvarrasa de Arriba, situada en las derivaciones de un estribo desprendido de la sierra de Francia, en Peña Gudiña, al lado del Tormes, por la ruta Peñaranda-Salamanca.

Antes de cruzar el río había establecido puestos de observación y contacto con Alba de Tormes, lugar que no le convenía perder de vista, en modo alguno. Aquel movimiento que Marmont atribuye á la mayor rapidez y destreza de sus soldados, era referido por Wellington del siguiente modo: «En la noche del 21, el enemigo había tomado posesión de la aldea de Calvarrasa de Arriba y de las alturas próximas llamadas de Nuestra Señora de la Peña, estando la caballería aliada ocupando Calvarrasa de Abajo y que por tales circunstancias nada pudo hacer para impedirlo».

El generalísimo inglés, aprovechando el puente de Salamanca había llevado sus tropas á la izquierda del Tormes, dejando en la opuesta orilla para proteger el vadeamiento á la división de Packenham, con fuerzas de Caballería, al mando de D'Urban.

Quien haya seguido con atención las operaciones efectuadas en la campaña habrá observado que al detenerse ambos ejércitos, la situación más comprometida y crítica correspondía á Wellington, que ante la

pericia de su adversario, no encontraba más digna solución que una nueva marcha retrógrada al reino portugués, para desde allí operar una reacción ofensiva y rescatar el terreno perdido.

Y tan dispuesto estaba á efectuarlo, que si aceptó la batalla del 22, fué única y exclusivamente debido á las apremiantes exigencias de Marmont en presentar combate. Por entonces escribió el Duque una carta al Conde de Bathurs, que entre otras cosas referentes á la guerra, decíale: «no hay tiempo que perder, y si las circunstancias no me ayudan, el 22 moveré el ejército hacia Ciudad-Rodrigo, sin pérdida ulterior de tiempo».

Quién diría entonces al impetuoso mariscal que la victoria, casi en sus manos, había de serle arrancada bizarramente por un general que en los comienzos de la batalla no encontraba ni perseguía otro fin táctico que un escalonado repliegue á territorio lusitano.

No cabe dudar que la mayoría de las veces el secreto del triunfo sólo es conocido en el curso de la contienda, piedra de toque de todo sistema militar y social. Las masas que van animadas del máximum de valor, y excesivo amor á la ofensiva encuentran siempre supremacía notable, sobre las menos fuertes ó menos animosas.

¿Cómo hay que buscar el éxito en las batallas? Tomando la ofensiva, responden todos los tácticos; vencer es atacar. Pero no basta atacar con energía al enemigo de frente, es menester también desbordarle, envolverle, destrozarle.

Ese fué el proceder de Wellington en la jornada memorable, al verse obligado á intervenir en la lucha.

La prudencia tuvo su límite, transformándose en potente y vigorosa impetuosidad poco después.

## LAS POSICIONES

### Estudio militar de la línea aliada.

#### Las posiciones francesas.—Primera fase del combate.—Órdenes de Marmont.

Wellingtón, el maestro incomparable en la elección de posiciones, como varias veces manifestamos, eligió una para el apoyo de sus tropas, que á nuestro juicio era la más acertada y conveniente de todas. Y fundamentamos tal creencia, porque la línea general era perpendicular al Tormes, desde el paso de Salamanca al vado de Huerta, y en dirección paralela á Alba de Tormes, desde el vado citado. El centro lo situó en la agrícola villa de Tejares, á la izquierda del río, punto que por el absoluto dominio sobre las caminos de Ledesma y Ciudad-Rodrigo, cumplidamente llenaba los deseos del Duque. La derecha de los aliados se extendía por unas alturas que tienen enfrente á los dos famosos montículos, conocidos por «Los Arapiles», y la izquierda estaba apoyada en los vados de Santa Marta, pues era necesario proteger el paso de las fuerzas que se encontraban al otro lado del Tormes, y que como sabemos eran la división del general Packenham y los jinetes de D'Urban.

Toda línea debe tener enlace con la base, sea esta cualquiera. En nuestro estudio la base es Salamanca, y por tal circunstancia la línea de Wellingtón era perpendicular; si hubiese sido oblicua á medida que el ángulo fuese más desigual, el avance quedaría expuesto á fáciles agresiones, y si aquélla coincidiese con la base y fuese paralela á ella resultaría defectuosa. Pero faltaba algo para que la línea tuviese apoyo verdad, y ese apoyo lo formaban las dos alturas que con los

nombres de Arapil grande y Arapil chico, hállanse inmediatas al pueblo de Arapiles.

Puede decirse en términos generales que era una posición bastante avanzada sobre la línea y por consiguiente eje y observatorio para llevar á cabo algunos cambios, modificando ó corrigiendo las líneas, conforme el enemigo las variase. Seguramente nadie pondrá reparos á Wellington al situar sus tropas en aquella posición, que estudiada por su frente y eje, lo mismo que por sus flancos, se encuentran apoyados en obstáculos naturales, desde los que se dominaba el terreno inmediato. El interior de la posición en el sentido del fondo lo suficientemente extenso para el número de tropas que contenía; las comunicaciones entre las diferentes fracciones eran buenas; la retaguardia libre de todo obstáculo, sin accidente que dificultase la retirada: toda la posición, en fin, proporcionada al número de fuerzas que la defendían, era según la expresión del alemán Mexkel semejaute «á un vestido apropiado para quien lo ha de usar».

Detalle de gran importancia era la colocación dada por Wellington á sus líneas de retirada: Eran hacia Portugal, y perpendiculares al frente, partiendo de varios puntos de la retaguardia pero señaladamente del centro.

Era difícil, por no decir imposible, discurrir sobre el terreno, y saber encontrar posiciones como aquellas, pero Wellesley, el gran maestro en la guerra peninsular, con una ojeada solamente llegaba á conocer al detalle el terreno que pisaba, cristalizándose en aquellos puntos, posiciones modelo para las armas de la época, y ese conocimiento perfecto demostrado en Talavera y Bussaco, solamente tuvo un imitador: Napoleón en Austerlitz.

Las posiciones del mariscal Marmont tenían por eje el Arapil grande, punto de apoyo también para extender su acción hacia la izquierda por donde los aliados pretendían efectuar su retrógrado movimiento.

La primera división imperial que mandaba el ilustre Foy, aquel orador y soldado «cuya elocuencia viva y entusiasta tenía algo de elevada y generosa que le alejaba de la lucha de los partidos», había recibido la orden de ocupar la posición de Calvarrasa de Arriba, y para llevar á cabo la operación efectuada de modo brillante, llevó el apoyo de Ferey, con la tercera, más los dragones de Boyer. Calvarrasa de Arriba tenía excelente situación.

No estaba bien definida la primitiva línea francesa, puesto que ningún historiador la señala con precisión, pero es cierto y evidente que Marmont, ojo avizor, vigilaba estrechamente la retirada de su adversario, objetivo que solamente le preocupaba.

Detrás de los Arapiles formaron el centro y derecha de la línea las divisiones del Beltrán Clausel, jefe de la segunda y antiguo adversario en el Rosellón, el general Sarrub con la cuarta, y poco después Marmont con la quinta, Brennier con la sexta y Bonnet con la octava. El general Thomieres se situó en una elevación de bastante cota, llamada de Nuestra Señora de la Peña, con cuatro baterías de artillería y algunos cuerpos de húsares que comandaba el Barón de Curto, el joven general de la caballería napoleónica, que había hecho las campañas de la República, distinguido en Egipto y Holanda, y que un año después de la rota de Arapiles, hubo de destrozar á 6 000 prusianos en el ataque de Briena, yendo tan sólo á la cabeza de algunos coraceros.

Iniciada la batalla subsistían en los cerebros directores las ideas expuestas ya. Por un lado la retirada á Portugal, y por otro el impedirla á toda costa. Mas el Duque de Ciudad-Rodrigo preveía y podía, palabras que según Jomini todo general debe de tener presente en el curso del combate, y prolongando rápidamente su derecha, la reforzó con la quinta división del teniente general Leith, parte de la cuarta mandada por Cole, escalonándose en aquel costado la décima brigada

portuguesa (regimientos 13 y 24 y batallón de cazadores número 5) fuerzas á cuyo frente iba el general Tomás Bradfor. La reservas de estas tropas eran la sexta y séptima divisiones, respectivamente, mandadas por los mayores generales Clintón y Hope.

En las primeras horas de la tarde, con el cañoneo comienza el combate de lejos, para señalar posiciones y corregir líneas. Las fuerzas esperan con impaciencia la orden de avance, pero Marmont aguarda la incorporación de Bonnet, y Wellesley la de las fuerzas que al otro lado del Tormes estableciera para vigilar los vados, que luego quedarían para cubrir el camino de Ciudad-Rodrigo. La orden de concentración debió sufrir retraso, pues al llegar aquellas á sus puestos señalados en la línea de combate, ya estaban reemplazadas por la infantería portuguesa, la división española y alguna caballería.

Había una posición francesa en las alturas de Calvarrasa de Arriba, defendidas por Thomieres y Curto, que por la situación avanzada, había que observar y atacar si fuera preciso, y de ello quedaron encargados Campbell y Alten con la primera y ligeras divisiones respectivamente.

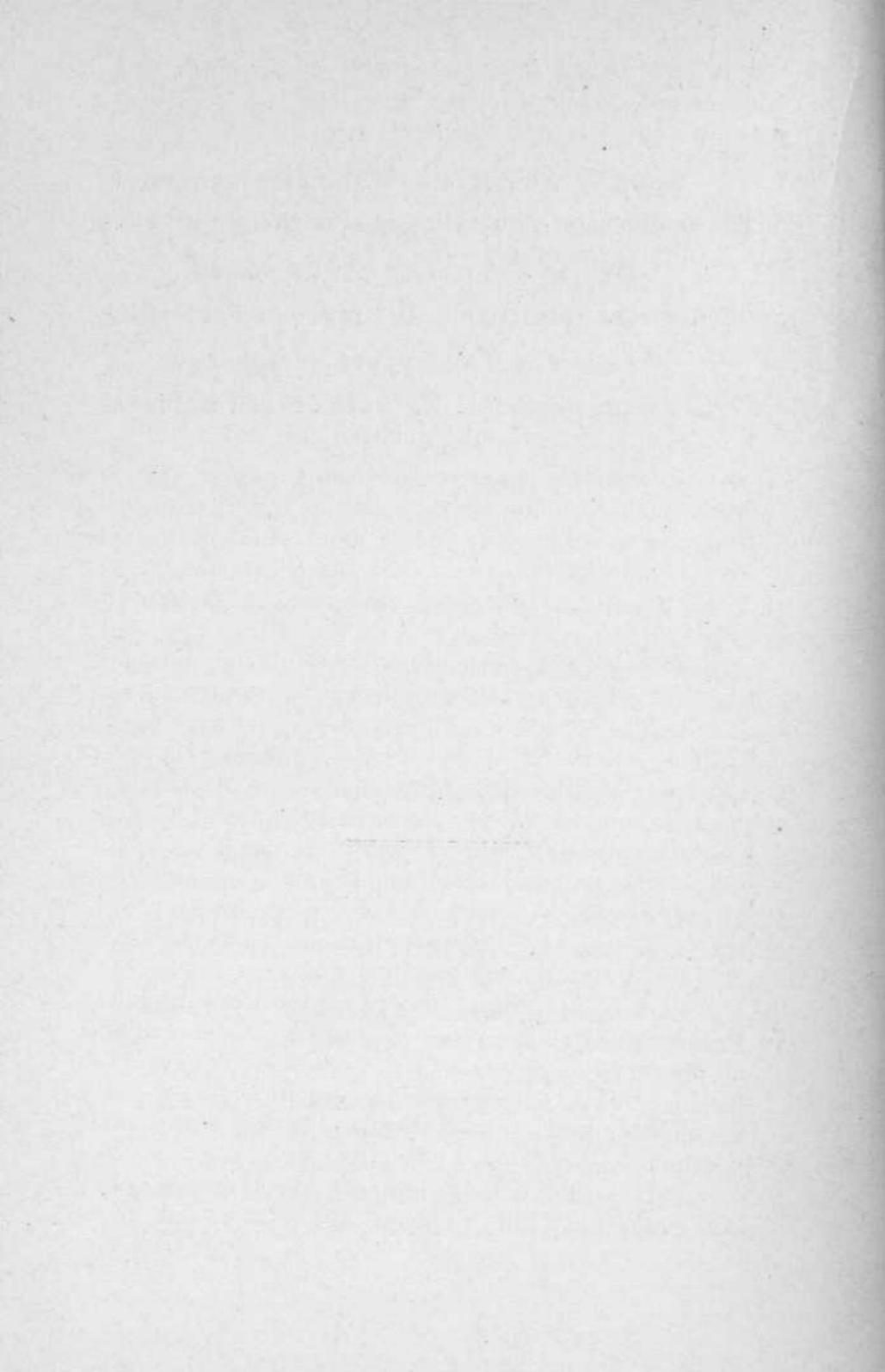
Y se dá en el bando aliado la orden de avance, pero siempre sobre la derecha del eje, para dominar aun más la línea de retirada, pero el inquieto Marmont deseoso de lucha obliga á intervenir á su adversario, y para ello pretende conducirle á una posición de la ruta de Ledesma. Avanzó Maucune con la orden de ocupar la derecha de esa posición, excelente en verdad, porque desde allí se dominaban las comunicaciones con Tammes y Ciudad-Rodrigo, mientras que Thomieres en la izquierda y Clausel á la derecha, en segunda línea, esperan el desarrollo del combate.

Aún quería estrechar más el de Ragusa á su adversario, para no dejarle escapar, y ordena á Brennier se apodere de otro altozano situado á vanguardia de un bosque, lugar elegido para la concentración; á Bonnet

tomar una altura frente al pueblo de Arapiles, ocupado ya por los aliados, para impedirles todo repliegue, y por último á Clausel, que destacara la brigada Boyer, como exploración en la derecha de Foy.

Los movimientos imprimidos á las columnas enemigas modificaron en absoluto la situación de los aliados y Wellington adivinó desde luego, que el general francés dirigía sus golpes al centro, principal punto de ataque, y tan errónea tenacidad proporcionaba al inglés favorable ensayo para la ejecución rápida de ofensiva vigorosa, al propio tiempo que certeros golpes separarían ventajosamente del centro, el ala izquierda que en el enemigo era muy débil.





## LA BATALLA

**Error de Marmont.—Wellington general.**  
**El asalto del Arapil grande.—Marmont herido.**  
**Beltrán Clausel en el alto mando.**  
**Thomieres retrocede.—El ataque de Packenham.**  
**Maucune y Foy apoyan el repliegue.**  
**El ataque general.—Retirada de los franceses.**

Y el combate fué aceptado bizarramente, valerosamente por los aliados, antes que se reparase el grave error de Marmont, que en un momento de ofuscación había cometido la torpeza de no dejar tropas en el apoyo de una de sus alas, precisamente la más comprometida y débil.

La falta era evidente—escribía un ilustre narrador—y se hizo sentir á los franceses con la rapidez del rayo. Wellington observó—dice Napier—los movimientos franceses por unos momentos y con una alegría severa. Salieron—añade—de sus labios algunas órdenes, é inmediatamente la masa de tropas que cubrían el Arapil chico, empujada como por una fuerza mágica, se precipitó por el revés interior de la roca y penetró en la grande cuenca—el valle intermedio de las líneas—, á través de una nube de proyectiles que parecían arrasar el terreno que iban pisando los soldados.

Decía Wellington, el vencedor glorioso de aquel día: Reforcé nuestra derecha con la quinta división al mando del teniente general Leith, apostándole detrás del lugar de los Arapiles sobre la derecha de la cuarta división, y dejando para la reserva las divisiones sexta y séptima.

Cuando estas tropas ocuparon los puntos á que se les había destinado, ordenó Wellington, al mayor

general Packenham, que marchase con la tercera división, la caballería de D'Urban y dos escuadrones de dragones ligeros del 14.º regimiento, mandados por el teniente coronel Hervey, formados todos en cuatro columnas, para envolver la izquierda del enemigo, situado en las alturas. También dispuso que la brigada del general Bradford, la quinta división al mando de Leith, la cuarta con el honorable general Cole, y la caballería de Sir Hapteton Cotton atacasen por el frente, dejando en reserva la sexta división del mayor general Hope, y la que formaban los españoles. Previno, por último, al general Pack, que apoyase la izquierda de la cuarta división, atacando la altura de los Arapiles, que sostenía el enemigo. En el terreno de la izquierda y formando parte de la reserva estaba la primera división ligera.

Proceder admirable el de Wellesley al ordenar aquellos movimientos notables y precisos. Pero el que á nuestro modesto parecer fué no sólo el más táctico, sino el planeado mejor, y que acredita como maestro de la estrategia á un general, es el ejecutado por Packenham, para el envolvimiento de la izquierda enemiga. La precisión de la maniobra tal vez fuera el origen de una victoria definitiva, porque el éxito se debió á la excelencia del movimiento, de difícil ejecución las más de las veces, y á la buena organización de las tropas, jamás á la inercia del adversario ni á la suerte.

Se inferirá bien claro, que los movimientos envolventes, como casi todas las combinaciones estratégicas, no son recetas seguras para obtener la supremacía en el combate. Su ejecución requiere multitud de circunstancias, que á no acompañarla, le tornarían en defectuoso. Y ese fué el triunfo de Wellington, porque la primera de sus operaciones no podía partir de una base en ángulo entrante, sino que esta base era recta y próximamente paralela al frente de Marmont, teniendo luego que improvisar un trozo de base eventual para formar ángulo y realizar el movimiento envolvente.

Packenham sin perder momento atacó la extrema izquierda francesa, siendo apoyado por dos baterías y la caballería del general D'Urban, rechazando las ofensivas reacciones de flanco, que las tropas de Thomieres intentaron al observar el avance

Había forzosamente que ir al asalto del mayor de los Arapiles, y la brigada del intrépido Pack, rompió la marcha seguido de la división Hope. El noble Lord avanzó también con las fuerzas sobre el centro y derecha enemigos. El fuego de la artillería y fusilería francesa era abrumador y mortífero, pero los aliados iban gallardamente escalando las posiciones una tras otra, sin detenerse, y atacando siempre llevadas de su espíritu admirable y maniobreras aptitudes. Las filas anglo-hispano-portuguesas, compactas y valerosas, albergue de arranques, de resistencia y de disciplina, ciegamente confiadas en su invicto general, habían roto el dique de los entusiasmos y la más vigorosa ofensiva corrió cual eléctrica conmoción por la línea de guerrillas.

Cotton con sus dragones acuchillaba á la imperial infantería aferrada á posiciones que no abandonaba, Cole después de conquistar una altura se veía obligado á retroceder ante el furioso empuje del adversario que se mantenía en el mayor Arapil, y que Pack no logró tampoco. Las bajas en el alto mando empezaron á ser sensibles, Cole, Spry, Leith, caen bajo el plomo enemigo, y aquellos momentos críticos cuando las fuerzas se veían sin dirección y envueltas por la avalancha enemiga, aparece Clinton con refuerzos, rescatando lo que se perdía, al mismo tiempo que eleva la moral de los combatientes, abrumados por dolorosas bajas.

Mal cariz presentaba el bando francés por la funesta desarticulación de sus fuerzas, y tal vez Marmont dándose cuenta del peligro que se avecinaba, marchó á la extrema izquierda, para dirigir personalmente aquel lado, amenazado por su adversario desde Fuentes de Oñoro, pero cuando velozmente se encaminaba

al punto dicho, tan necesario de su apoyo y presencia, y donde los ánimos se agotaban insensiblemente ante la abrumadora pujanza de los aliados, el brioso mariscal recibe grave lesión. Así lo consigna en sus memorias: «...cuando un solo tiro de cañón disparado por el ejército inglés desde una batería de dos piezas que el enemigo había plantado en el otro Arapil—chico—, me rompió el brazo y me hizo dos anchas y profundas heridas en los costados y lados, dejándome así fuera de combate. Presentaba yo el flanco izquierdo al enemigo y el proyectil hueco, de que estaba cargada la pieza al reventar, después de haber pasado, me hirió en el brazo y lado derecho.»

«Su herida—dice Thiers—era tan grave, que no se sabía, si sería mortal al poco tiempo.»

Momentos difíciles, son en verdad, para una tropa que lucha, la falta del cerebro que dirige, porque el brazo que ejecuta, falto de método y dirección, acaba por considerarse impotente, para realizar un objetivo que solo la mente directora conoce en su totalidad, y desarrolla amoldándose á las mil circunstancias que dimanar de un combate, por la variedad de situaciones á que las tropas se hallan sujetas.

Rápidamente se trasmitió la fatal noticia, y Bonnet, el sustituto por la rigurosa sucesión de mandos, que debiera regir el ejército, al recibir la orden, caía ametrallado también, en el ala izquierda, donde la lucha desarrollábase brava y encarnizada.

Y Clausel, el joven Conde del Imperio, herido también, tiene necesariamente que empuñar las riendas del ejército en circunstancias bien difíciles, pero la indomable energía que le anima y sus cualidades de buen soldado se imponen para prolongar la resistencia, aminorando á fuerza de valor, la gravedad de una situación en la que el destino le había colocado.

Brillante historial militar poseía Clausel, y menester era conservarlo. Ya en 1792 se distinguía combatiendo contra el general Ricardos en la campaña del

Rosellón, y el 95 acompañaba á Perignon como embajador en Madrid. Tres años después era enviado cerca de Carlos Manuel para obtener la entrega de las plazas del Piamonte á la república francesa. Esta misión, dicen que le acreditó como diplomático hábil. General en Santo Domingo en 1799, y divisionario en 1801, marcha á Holanda, Nápoles é Iliria, combate en la península, en las campañas de Portugal, bajo las órdenes de Junot y Massena, y por último con Marmont aparece en los Arapiles, contando cuarenta años de edad, en la flor de la vida y de los entusiasmos. Thiers dice de Clausel: «El general era joven, vigoroso de cuerpo y de ánimo, poco instruído es verdad, y no pocas veces negligente, pero de una sangre fría imperturbable, alternativamente impetuoso ó contenido, dotado en el campo de batalla de un golpe de vista superior, y medio distraído, medio enérgico, soportando aun sin haber nunca mandado en jefe, las ansiedades del mando como los más expertos capitanes. Querido de sus soldados por su valor, y amado por su franqueza, era el único que pudiera obtener aún de ellos alguna sumisión y hacerles soportar sin sublevarlos ejemplos de severidad.»

Tal era la personalidad del nuevo generalísimo francés, cuyos deseos se fijaron principalmente en restablecer á todo trance el combate y ayudar á Thomieres y Maucune, que luchaban denodadamente con Packenham, Leith, Brandford y la mayor parte de los jinetes aliados, que rápidamente reforzaron la derecha.

Packenham, el valiente general de la tercera división rompió por cuatro puntos á la división Thomieres. Los regimientos de la caballería portuguesa números 1, 7 y 11, constituyendo brigada al mando de D'Urban, más dos escuadrones del 4.º de ligeros ingleses, á las órdenes del teniente coronel Hervey, bordearon por la izquierda al adversario.

Ante aquella acometida, Thomieres no encontró más recurso que retroceder á sus posiciones primitivas,

pero con tanto desorden efectuó el movimiento y con tan escasa fortuna, que en vez de hacerlo escalonadamente y por fracciones sucesivas como aconsejaba la práctica, lo ejecutó presentando dos frentes simultáneos: uno á Pakenham, y el otro á Leith y á Bradford, que en apoyo de aquel general habían llegado con tropas de refresco.

Al ir Clausel en auxilio de Thomieres, es cuando supo la designación en su nuevo cargo, y su orden primera fué la pronta concentración del ala izquierda al centro, convencido de que otro esfuerzo resultaría estéril.

Era el centro, el último baluarte que les quedaba, y á él acudieron con verdadera furia granaderos y coraceros, dispuestos á defenderlo tenazmente, porque el supremo esfuerzo que realizasen habría de reparar las pérdidas sufridas, y tal vez pondría en manos del nuevo jefe el triunfo definitivo de aquel día memorable.

Cole y Leith con sus divisiones, y Bradford con la brigada á su mando avanzaron gallardamente siguiendo el movimiento enemigo, y la caballería de D'Urban, los dragones y la artillería de Pakenham, flanqueaban por el lado izquierdo, para impedir las reacciones ofensivas, causa retardatriz en los avances.

Un crítico dice que efectivamente era cierto que la división Clausel se había unido á la de Thomieres, y había desplegado á su frente en las alturas meridionales, pero que aquel frente era débil é incapaz de resistir, porque las tropas estaban unas en dobles líneas, otras en columnas, y otras en cuadros. Un sol brillante daba de lleno en sus ojos, y en un terreno arenisco que el pisoteo de los hombres y de los caballos transformaba en polvo muy fino un viento del oeste que se levantó en el momento del ataque lo hizo remolinear en rededor de las tropas, lo mismo que al humo, en tan espesas nubes, que no pudiendo respirar ni ver nada, los soldados disparaban al azar.

El talento y valía de Clausel se demostraron al afianzarse en su posición, notable en verdad, y gracias á la rápida ayuda de Sarrout, Brennier y Ferey con sus tropas, y las del herido Bonnet, protegidos todos por los sables de Boyer, los avances aliados fueron detenidos con energía, mientras que Maucune se sostenía valerosamente en el Arapil, y Foy derrochando heroísmo guardaba la derecha.

Permaneció entonces la victoria en el fiel de la balanza, y era llegada la hora, que después de un rudo batallar se inclinase á uno ó otro lado. El momento decisivo, la hora crítica que según un historiador británico, pondría la supremacía en manos del jefe que pudiera disponer de más numerosas y fuertes reservas. Wellesley fué ese general afortunado.

Sigamos en sus atinados juicios al sabio Gómez de Arteche: «Wellington contaba con toda su segunda línea y la división Clintón, sexta de su ejército, no empeñadas todavía.

La confianza que le debieron inspirar las primeras ventajas obtenidas en el ataque de Packenham, y el avance victorioso de su centro en el primer período de la batalla, pero sobre todo, su consumada pericia, y la prudencia que era su superior cualidad le habían aconsejado el mantenimiento de aquellas fuerzas para el caso que tanto le preocupaba, de haberse de retirar en las malas condiciones en que se hallaba al apuntar por el horizonte el sol de aquel día.

Y aunque las brillantes iniciativas de Clausel, le produjeron un verdadero desastre en la brigada del general Hulse, y los dragones de Boyer se abrieron paso entre las divisiones Leith y Clinton, matando á muchos y poniendo en desorden alguno de los regimientos ingleses, los demás resistieron estoicamente el ataque, y no se dejaron romper ni perdieron terreno.

Los franceses, así como las olas de un mar embravecido al chocar en las rocas, no lograron sobreponerse á la imperturbable serenidad de los soldados

británicos, y retrocedieron como aquellos en la onda amarga, reconociendo su impotencia contra los obstáculos tan poderosos, lo mismo que en Talavera, Busaco y Torres-Vedras.

La victoria con sus gloriosos destellos, empezaba á columbrarse en el bando aliado, y los movimientos preliminares de una retirada, fueron la consecuencia inmediata de aquel ataque terrible, último esfuerzo en soldados curtidos por el sol de los combates. Luchaban con tesón y bizarría, con el entusiasmo y la fé del héroe, pero ceden ante el empuje brutal de los aliados.

Maucune y Foy sirven de apoyo á Clausel para ordenar y encauzar la retirada de las maltrechas huestes á las posiciones que ocuparan a! iniciarse la batalla, posiciones que en opinión de un general y crítico francés no debieron abandonarse jamás, puesto que su posesión era lo bastante para sostener el fin á que Mar-mont quería llegar. Pero era tarde porque la invasión de la posición enemiga anulaba todo proyecto en el bando francés, destrozado casi por la metralla y fusilería de Wellington. Por todas partes gritos salvajes, la fiebre del combate, con sus pasiones desencadenadas, y el cansancio que agota energía y fuerzas. Aquellas tropas tienen precisión de ponerse en contacto con otras de refresco, para restablecer inmediatamente el orden táctico, antes de que un contra-ataque anule y convierta en estéril toda labor.

La segunda línea base de la reorganización no llega porque Wellesley lanza impetuosamente sobre la derecha enemiga la división ligera, la brigada lusitana de Stubs y la de Auson. Sobre el centro ataca Clinton, secundado por Lleith y Pakenham, que ya habían destrozado la izquierda, momentos antes.

El ataque era general, y fué coronado por el más grandioso de los éxitos.

¡Qué triunfo tan personalísimo alcanzó en la tarde memorable el insigne Lord! Vencer en noble lid á tropas maniobreras y pujantes que regían los destinos

mundiales, y que en cuántas campañas había intervenido abatieron no solamente la fuerza y ciencia de Imperios y Reinos, sinó los planes magnos de capitanes famosos. Wellington recibía de lleno la esplendorosa luz de la victoria, conquistada con habilidad y genio militar. Las tropas pusieron de su parte todo el valor y entusiasmo, coadyuvando así á la realización de un hecho que vivirá eternamente en las páginas de la Historia.

Los franceses se retiran á ocupar posiciones para emprender el orden de marcha retrógrada. El ilustre Foy dirige el movimiento con gran orden, procurando alcanzar la cohesión y contacto con los núcleos dispersos, y con ellos vadea el Tormes por los lugares de Huerta y Villagonzalo, siguiendo su vanguardia por la ruta de Alba.

La persecución por los aliados era viva y tenaz. Maucune y Foy, sin embargo, lograban con reacciones ofensivas aminorar las embestidas del adversario y sobre todo de la columna Cole.

La salvación, pues, de aquel ejército que se bate en retirada, se debió indudablemente al espíritu de unos bravos generales que tan bien sabían conducirse en la derrota. Un historiador británico describe así aquellos momentos memorables: «Maucune entretanto sostenía un noble combate. Se hallaba flanqueado por un número superior al de sus tropas, pero la seguridad del ejército francés dependía de su valor, lo comprendió así, y Packenham observando su noble aptitud aconsejó á Clinton que estaba á su frente no atacase hasta que la tercera división le hubiera envuelto la izquierda. A pesar de eso, la sexta división se vió bien pronto empeñada en nuevos choques, y con gran desventaja, porque retenida mucho tiempo y sin motivo en la inacción por su jefe ante las baterías de Maucune que diezmaba sus filas, recibió de repente por un oficial de Estado Mayor, la orden de atacar la montaña. Las tropas treparon por la pendiente sostenidas por una brigada

de la cuarta división. En la obscuridad de la noche distinguimos perfectamente el fuego, que así dejaba ver los progresos del combate.

Del lado de los ingleses avanzaba una gran sábana de fuego, tan pronto en una línea regular, como por pequeñas masas destacadas, ó retrocedía después en líneas ondulantes, y formando á veces una inmensa pirámide cuyo vértice se acercaba á la cima, sin por eso tocarla. El fuego de la mosquetería francesa, rápido como el relámpago, brillaba en toda la cresta de la altura sin disminuir un instante; la forma variable del fuego de los adversarios y los sitios dejados en vacío, oscuros, ponían demasiado de manifiesto los efectos destructores de aquel fuego. Pero cuando Packenham hubo, con efecto, envuelto la izquierda del enemigo y Foy se deslizó al bosque, Maucune vió terminada su tarea: la cresta de la montaña quedó sombría y silenciosa, y todo el ejército francés pareció desvanecerse en la obscuridad.»

En efecto, aquella ofensiva ejecutada con vigor, puso á los enemigos en retirada, y ya de noche, salvaba el Tormes por el puente de Alba y algunos vados, internándose en los encinares para no volver más sobre unos lugares que dejaron cubiertos de cadáveres.

Wellington al frente de la caballería de la primera división había perseguido largo rato á las maltrechas huestes, y cuando el silencio volvió á reinar en el campo, una bala, la última quizás de aquel memorable día, viene traidoramente á causar leve herida en un muslo al más grande general británico.

## JUICIOS CRÍTICOS

**El poder de Wellesley.—Olvidos de Marmont.  
Lo que era la guerra.—Proceder de Clausel.—Las  
bajas.—Los españoles en Arapiles.  
El parte oficial.**

Conforme hemos ido reseñando las múltiples evoluciones y maniobras ejecutadas en el transcurso de la campaña, anotamos sinceras opiniones sobre la eficacia de unas formaciones, ó el mal empleo de otras, tributando por igual, aplauso ó censura, en todo aquello que reglamentariamente se separaba de lo que preceptúa el arte de combatir.

Es unánime nuestra opinión al reconocer el valor y entusiasmo de aquellas dos masas que esgrimiendo las armas buscan el triunfo que cumplidamente llene sus nobles deseos. Por eso, de los rasgos heroicos y de la acreditada disciplina no se precisa hablar, pues ya en la narración de los hechos, se admira á los bandos dotados de un alto espíritu militar, que por sí solo constituye la más sana y vigorosa fuerza de todo ejército.

El alto mando tuvo errores, en sus concepciones estratégicas, y sobre todo en Marmont que á su proverbial inquietud, unía con demasiada frecuencia, la irreflexión. Buen soldado, excelente combatiente, pero su temperamento exaltado y ligero, no era el más apropiado para regir un ejército en campaña, y menos para contender con un Wellington, que á su brillante historial bélico, unía condiciones tan sobresalientes de tacto, prudencia ó intuición que jamás le fueron aventajadas. Wellington sabía situarse y esperar, ya el enemigo le abriría un resquicio cualquiera en su línea de combate para aprovecharlo rápidamente y hacer ostentación

de un poder abrumador, que solo él bastaba para imposibilitar, descomponer y destrozar, no solamente en la batalla, sino en toda una campaña, persiguiendo los núcleos hasta su aniquilamiento completo. Como general en jefe solo tuvo un igual en Napoleón.

Olvidose Marmont en la primera fase de la batalla, al adelantarse y corregir su línea, que el orden de combate es la combinación de varias formaciones, línea, columna y guerrillas, porque para combatir se necesita que las tropas adopten un orden que sea combinación de los tres mencionados, y que permita conservar parte de las tropas, fuera de la influencia á que estén sometidas las demás. Esto no podía conseguirse si no se collocaban unas á retaguardia de otras con la necesaria separación, es decir, empleando las formaciones llamadas escalonadas, porque situadas á los flancos, como sucedió, y á la altura de las más avanzadas, sufrieron bajas sin combatir, no pudiendo sustraerse al impulso de entrar en fuego, y siendo luego difícil su manejo como fatalmente aconteció.

Por eso el mariscal francés, debió amoldarse á las circunstancias, y haber dividido sus tropas en varios grupos ó líneas, formados cada uno de ellos de manera que respondiese al objeto de su misión, cuya realización se ha perseguido en las etapas históricas, porque han pasado los órdenes de combate. El grupo primero para comenzar el ataque, el segundo para socorrer á aquel, y el tercero para combatir de flanco, sustituir, reforzar, proteger y contener á los anteriores.

Otro de los cargos más fundamentales que se dirigieron al de Ragusa, fué por el abandono de la línea defensiva del Duero, pasando sin tropas suficientes, ni apoyos fuertes á una abierta y descarada ofensiva. La ofensiva era la línea de conducta del brillante general francés en todas sus anteriores campañas, pero esa ofensiva en nuestro país fué contraproducente, porque no dió resultado positivo, convenciéndose de ello cuantos invasores operaron en la Península, al sufrir

repetidos descalabros que no lograron evitar, á pesar de poner en juego talentos y actividades. Bien es verdad que la ofensiva da siempre fuerza moral á las tropas, porque éstas suponen, y suponen bien, que el ejército que ofende cuenta con cierta especie de preponderancia en alguno de sus factores, y esa ofensiva da también una mayor iniciativa que permite desarrollar planes diversos.

La fuerza y pasividad en la resistencia de la que era consumado maestro el gran Wellington, era superior á todo, puesto que se operaba en un teatro conocido, estudiado y pertrechado de antemano, y recursos, almacenes y bases cercanos á los aliados. De ahí el gran temor del generalísimo de considerarlos siempre expuestos á caer en manos del enemigo, y cada paso que el ejército daba hacia atrás, cada pulgada de retroceso representaba una porción de terreno igual que caía en poder del agresor. La defensiva en los aliados era como vemos, la táctica mejor: cristalizarse en posiciones y atacar impetuosamente cuando eran grandes las probabilidades de éxito.

Teníamos en aquella guerra, defensiva toda ella, una compensación enorme á todos los peligros é inconvenientes, porque la lucha era popular y los resultados obtenidos por los invasores no eran muy tangibles y se llegaba á hacer nacer en sus bravas tropas el desfallecimiento y el cansancio.

Clausel, vencido, merece figurar al lado de Wellesley, porque en el mando accidental demostró ser un hábil extratega, de mucho talento y de grandes iniciativas al dirigir la retirada de un ejército castigadísimo, ajustándose á los preceptos tácticos más exigentes. Inútil sería ponderar las dificultades que ofrece esta operación, como en aquellos casos en que las bajas sufridas en los reveses no fuesen razón suficiente para que una tropa no pierda sus cualidades. No sin razón decía un general prusiano: «Se han elogiado siempre las retiradas efectuadas en presencia de un enemigo

superior y con razón son una de las operaciones más delicadas de la guerra.»

La principal dificultad está en la moral de las tropas que se altera mucho en estas circunstancias. Es cosa singular la diferente impresión que se produce en el soldado cuando mira al enemigo frente á frente, ó cuando le vuelve la espalda.

Clausel tuvo un gran acierto al elegir la retirada cuando no le quedaban esperanzas de triunfo, pero sin haber apurado las fuerzas hasta el extremo de que no hubiese medios que oponer al enemigo, porque entonces el repliegue ordenado, se convertiría en desastre. Era ciertamente doloroso tener que retirarse, pero hay muchas circunstancias, y aquella una de ellas en que la operación se impone. Tal vez Clausel pensase que podía prestar señalado servicio á su país con la retirada, porque prolongando el combate más allá de cierto límite, solo se obtendría el aniquilamiento total de unas tropas que aun podían jugar papel importante en la línea del Ebro.

Las bajas en la memorable batalla fueron muchas y sensibles por ambas partes. Según datos de algunos historiadores el bando aliado tuvo 964 muertos, y de ellos la mayor parte ingleses y portugueses, siendo la menor cifra la de los españoles; el número de heridos subió á 4.270. Halló muerte gloriosa al frente de sus tropas el brigadier Marchants y resultaron heridos Beresford, Cotton, Cole, Alten y Leith. Los franceses perdieron 5.000 hombres entre muertos y heridos, 2.000 prisioneros y tomadas once piezas de artillería, dos águilas y seis banderas.

El alto mando enemigo sufrió bastante, pues en la batalla murieron los generales Ferey, Thomieres y Desgraviers y recibieron heridas Marmont, Bonnet, Clausel y Meune. Escritor hubo que aseguraba que en la batalla murió el general Duque de Ragusa. Nosotros creemos no ser exacto, pues Marmont falleció en Venecia hacia el año de 1851, siendo publicadas sus

Memorias en 1856. Combatió valerosamente después de la rota de Arapiles en Coblenza, Brienne de la Rothiere, Champauvert, Vaux-Champs, Soissons, y en otros muchos memorables hechos de armas.

La fuerza española que Wellington llevaba en su ejército se portó muy bien, y en las recomendaciones que hizo el Duque de Ciudad-Rodrigo, decía de aquella columnita de héroes: «Tengo toda clase de motivos para quedar satisfecho de la conducta del mariscal de campo don Carlos de España, del brigadier don Julián Sánchez y de las tropas de su mando respectivo, así como la del mariscal de campo don M. de Alava, y el brigadier don José O'Lawlor, empleados en este ejército por el Gobierno español, de quienes y de las autoridades españolas, así como del pueblo en general, he recibido cuanta ayuda podía yo esperar.»

La gloriosa batalla de Arapiles, fué para los aliados la victoria más decisiva y completa de cuantas se alcanzaron en la santa lucha, porque los resultados fueron de tal monta, que la capital de España cayó al poco tiempo en nuestro poder, el mariscal Soutl levantó el cerco de Cádiz, evacuando la región bética, y el ejército francés buscó rápidamente su línea general de retirada, para abandonar poco á poco y de modo definitivo este país, después de una ocupación de algunos años.

El Gobierno español premió los servicios de Wellington con el Toisón de Oro, y la condesa de Chinchón pidió á la Regencia «su consentimiento para poner en manos del caudillo de Arapiles una insignia de dicha insigne Orden que perteneció á su difunto padre el Infante don Luis.»

El parte dado por Wellington de la batalla es el siguiente:

«Mi ayudante de campo, capitán Lord Clinton, presentará á V. E. el parte de la victoria de las tropas aliadas de mi mando ganada en una acción general cerca de Salamanca la tarde del 22 del presente mes, el cual no me ha sido posible dar antes por hallarme

constantemente desde aquel día persiguiendo á las tropas fugitivas del enemigo.

»En mi despacho del día 21 dí cuenta á V. E. de que los dos ejércitos se hallaban junto al Tormes, que el enemigo cruzó con la mayor parte de sus tropas en la tarde del mismo día entre Alba de Tormes y Huerta, marchando por su izquierda en dirección de Ciudad-Rodrigo. El ejército aliado, excepto la tercera división y la caballería del general D'Urban, pasó también el río la misma tarde por el puente de Salamanca y por los vados inmediatos. Yo coloqué las tropas en una posición cuya derecha se apoyaba en una de las dos alturas llamadas los Arapiles, y á la izquierda del Tormes por debajo del vado de Santa Marta. La tercera división y la caballería del general D'Urban quedaron en Cabrerizos sobre la derecha del Tormes, y puesto que el enemigo había dejado en las alturas de Babilafuente, que están en el mismo lado del río, un grande cuerpo de tropas, consideré como probable que viendo en la mañana siguiente que nuestro ejército se hallaba dispuesto á recibirlo en la izquierda del Tormes variaría de plan, maniobrando por la otra orilla.

»En el curso de la noche del 21 recibí noticias, de cuya verdad no podía dudar, en que me comunicaban que el general Chauvell había llegado á Pollos el día anterior con la caballería y artillería de á caballo del ejército del Norte, á fin de reunirse al mariscal Marmont, quedándome con la certeza de que aquellas tropas se le reunirían el 22 ó el 23 por lo menos.

»No había tiempo que perder y determiné que si las circunstancias no me permitían atacarle el 22, me movería hacia Ciudad-Rodrigo, sin más pérdida de tiempo, puesto que con la diferencia en los números de la caballería podía hacer una marcha de maniobra tal cual la habíamos hecho cuatro ó cinco días, muy dificultosa y de resultados dudosos.

»Durante la noche del 21 el enemigo había ocupado la aldea de Calvarrasa de Arriba y una altura próxima

llamada de Nuestra Señora de la Peña, mientras nuestra caballería estaba en posesión de Calvarrasa de Abajo y poco después de amanecer ambos ejércitos enviaron sus respectivos destacamentos para tratar de apoderarse de la más distante, á nuestra derecha, de dos alturas que llevan el nombre de los Arapiles. El enemigo, sin embargo, lo consiguió por ser más fuerte su destacamento y por haberse ocultado en un bosque cerca de la altura, con cuyo éxito fortaleció considerablemente su posición, proporcionándose nuevos medios para incomodarnos.

»Por la mañana del 22 las tropas ligeras de la séptima división y el cuerpo de Cazadores perteneciente á la brigada del general Pack se batieron con el enemigo en la altura de Nuestra Señora de la Peña, en la que se mantuvieron unos y otros durante aquel día.

»La ocupación, con todo, por el enemigo del más distante de los Arapiles me hizo necesario extender la derecha del ejército en escuadra hacia la altura que está á espaldas de la aldea de los Arapiles y ocupar esa aldea con infantería ligera, y situé allí la cuarta división al mando del teniente general, el honorable señor L. Cole; y aunque por la variedad de los movimientos del enemigo era difícil formar un juicio exacto de sus intenciones, consideré que su objetivo se limitaba á la izquierda del Tormes. Dispuse, en consecuencia, que el mayor general, el honorable E. Pakenham, que manda la tercera división en ausencia del teniente general Picton, por razón de su mal estado de salud, cruzara el Tormes con las tropas de su mando, incluso la caballería del brigadier general D'Urban, y que se situase detrás de Aldea Tejada; habiéndose movido la brigada de infantería portuguesa del brigadier general Bradford y la infantería de D. Carlos de España, que al igual se adelantaron á la inmediación del lugar de Las Torres, entre la tercera y cuarta divisiones.

»Después de varias evoluciones ó movimientos, el enemigo pareció haber resuelto su plan á las dos de la

tarde, y después de romper un vivo cañoneo que, sin embargo, nos hizo poco daño, extendió su izquierda y adelantó sus tropas con la apariencia de abrazar, por la posición de ellas y su fuego, los puestos del Arapil que ocupábamos y la intención de atacar desde allí y romper nuestra línea ó, en todo evento, hacer difíciles nuestros movimientos hacia la derecha. El extender, con todo, su línea á su izquierda, y su avance sobre nuestra derecha á pesar de que sus tropas ocuparan una posición muy fuerte, y estuviera defendida con artillería, me proporcionó la oportunidad de atacarle, de lo que estaba hacía tiempo deseoso. Reforcé nuestra derecha con la quinta división del mando del teniente general Leith, que había establecido á retaguardia de la aldea de Arapiles, á la derecha de la cuarta división, con la sexta y séptima divisiones en reserva; y tan pronto como estas tropas tomaron posición, ordené al mayor general, el honorable E. Pakenham, avanzar con la tercera división, la caballería del general D'Urban y dos escuadrones del cuarto ligero de dragones, á las órdenes del teniente coronel Hervey, en cuatro columnas y envolver la izquierda del enemigo en las alturas, mientras la brigada del brigadier general Bradford, la quinta división del mando del teniente general Leith, la cuarta al del teniente general, el honorable L. Cole, y la caballería del teniente general Sir S. Cotton atacarían de frente, sostenidos en reserva por la sexta división á las órdenes del mayor general Clinton, la séptima á las del mayor general Hope y la división española de don Carlos de España, y el brigadier general Pack sostendría la izquierda de la cuarta división, atacando aquel de los dos Arapiles que ocupaba el enemigo. La primera división y la ligera ocupaban el terreno de la izquierda y estaban en reserva.

»El ataque sobre la izquierda enemiga se hizo de la manera descrita y obtuvo completo éxito. El mayor general, honorable E. Pakenham, formó la tercera

división á través del flanco del enemigo y arrolló cuanto se le opuso.

»Estas tropas fueron sostenidas de la manera más gallarda por la caballería portuguesa que mandaba el brigadier general D'Urban y los escuadrones del cuarto, del teniente coronel Hervey, que con éxito rechazaron los ataques del enemigo sobre el flanco de la tercera división. La brigada del brigadier general Bradford, la quinta y cuarta divisiones y la caballería del teniente general Sir S. Cotton atacaron al enemigo de frente y llevaron á sus tropas por delante de ellos de una altura á otra y adelantándose sobre su derecha, de modo que, á proporción que avanzaban, adquirieron fuerza doble sobre el flanco del enemigo. El brigadier general Pack dió una muy gallarda carga sobre los Arapiles, en la cual, á pesar de eso, no alcanzó el éxito, pero distrajo la atención del cuerpo enemigo situado al frente de las tropas del teniente general Cole, que avanzaban. La caballería, bajo el mando del teniente general Sir S. Cotton, dió la más brillante y feliz carga á un cuerpo de infantería enemiga que arrolló y acuchilló. En esa carga, el mayor general Le Marchants fué muerto á la cabeza de su brigada, y yo tengo que lamentar la pérdida de un oficial de los más hábiles.

»Ganada la cresta de la altura, una división de infantería enemiga opuso resistencia á la cuarta división, la que, después de una reñida contienda, se vió obligada á retroceder en razón de haber enviado el enemigo algunas tropas sobre la izquierda cuando ya había fracasado el ataque emprendido por el brigadier Pack sobre la altura de los Arapiles, quedando en esta ocasión herido el teniente general, honorable L. Cole. El mariscal Sir W. Beresford que se hallaba entonces en aquel puesto, dispuso que la brigada del brigadier general Spry, de la quinta división, que estaba en segunda línea, cambiase su frente y dirigiese su fuego sobre el flanco de la división enemiga, y sienta añadir

que, mientras desempeñaba ese servicio, recibió una herida que temo me prive del beneficio de sus consejos y ayuda por algún tiempo. Casi al mismo tiempo, el teniente general Leith recibió también una herida que desgraciadamente le obligará á retirarse. Dispuse entonces que la sexta división, del mayor general Clinton relevase á la cuarta, con lo que la batalla volvió á estar pronto en el estado favorable de antes.

»No obstante reforzada la derecha del enemigo con las tropas que habían huído de su izquierda, y por las que entonces se habían retirado de los Arapiles, continuó oponiendo resistencia, y dispuse que las divisiones primera y ligera y la brigada portuguesa del coronel Stubs de la cuarta división, ya rehecha, y la brigada del mayor general W. Ansón, también de la cuarta división, envolviesen la derecha mientras la sexta división atacaba de frente. Se hizo de noche antes de que ese punto fuese conquistado por la sexta división y el enemigo huyó á través de los bosques hacia el Tormes.

»Yo le perseguí con las divisiones primera y ligera, la brigada del mayor general W. Ansón de la cuarta división y algunos escuadrones de caballería del teniente general Sir S. Cottón, cuando pudimos, dirigiendo nuestra marcha sobre Huertas y los vados del Tormes por los que había pasado el enemigo en su avance; pero la obscuridad de la noche fué altamente favorable á los enemigos, muchos de los que escaparon de haber caído en nuestras manos. Siento mucho manifestar que por esa misma causa el teniente general Sir Cottón fué desgraciadamente herido por uno de nuestros mismos centinelas después de haber hecho alto.

»Renovamos la persecución al romper el día siguiente con las mismas tropas y con las brigadas de caballería del mayor general Bock y mayor general Ansón que se reunieron durante la noche, y habiendo cruzado el Tormes caímos sobre la retaguardia de caballería é

infantería, cerca de Laserna. Fueron inmediatamente atacadas por las dos brigadas de dragones y su caballería huyó, dejando la infantería abandonada á su suerte. Jamás he visto una carga tan decidida que la dada á la infantería enemiga por la brigada pesada de la Legión Real Alemana, á las órdenes del mayor general Bock, que fué completamente afortunada; y todo el cuerpo de infantería, que consistía en tres batallones de la primera división del enemigo fué hecho prisionero. La persecución continuó aquella noche hasta Peñaranda y nuestras tropas continuaron acosando al enemigo en su huida. Su cuartel general estaba en esta ciudad, nada menos que diez leguas del campo de batalla, aunque por pocas horas la última noche; y ahora se han adelantado mucho en el camino de Valladolid por Arévalo. Se les reunieron ayer en su retirada la caballería y artillería del ejército del Norte, las que llegaron tarde, en momentos, así es de esperar, en que no les servirán de mucha utilidad.

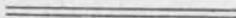
»Es imposible formar cálculo de las pérdidas del enemigo en esta batalla, pero por mis noticias es muy considerable; le hemos tomado 11 piezas de artillería, varios carros de municiones, 2 águilas y 6 banderas, un general, 3 coroneles, 3 tenientes coroneles, 130 oficiales de inferior graduación, y de seis á siete mil soldados que han quedado prisioneros, sin otros más que nuestros destacamentos nos van continuamente enviando. El número de los muertos en el campo es muy grande.

»Se me ha dicho que el mariscal Marmont está gravemente herido y ha perdido un brazo, y que han sido muertos cuatro generales y heridos muchos.

»Exito semejante no podía obtenerse sin notable pérdida por nuestra parte; pero ciertamente que no ha sido de tal magnitud que pueda impedir ni entorpecer las operaciones de nuestro ejército.

»Tengo un gran placer en comunicar V. E. que durante todo el día, que fué de prueba y cuyos sucesos

he descrito, tuve los mayores motivos para quedar satisfecho de la conducta de los generales, oficiales y tropa. La relación que he escrito de sus ocurrencias dará idea general de la parte que cada individuo tomó en ellas, y no puedo elogiar bastante en cuanto á la conducta de cada uno en su puesto.»



## EN RETIRADA

### La carga de Garcíhernández.

### Ansón y Bock.—Opiniones sobre la operación. Heroísmo alemán.

Después de la sangrienta y memorable batalla, los restos maltrechos del ejército napoleónico desaparecieron del campo de la lucha, perseguidos tenazmente por los briosos escuadrones aliados, que desistieron momentáneamente de la persecución porque las sombras de la noche imposibilitaban por completo su acción final, coronamiento brillante de los esfuerzos y entusiasmos de una pléyade de combatientes, que no lleva hasta la exaltación desmedida el amor á la gloria, sino que mirada como estímulo de acciones nobles en bien de la fama, la subordina al sentimiento del deber.

Las primeras luces de la mañana del 23 de Julio empezaban á colorear el horizonte, cuando los jinetes aliados ponían monturas y se lanzaban tras la retaguardia francesa que se reorganizaba de sus descabros en terrenos de La Serna, y muy cerca del pueblo de Garcíhernández. Las fuerzas perseguidoras eran la brigada británica del general Ansón en vanguardia, y como cuerpo, los dragones alemanes del general Bock, que se adelantaron bastante sobre el resto de la caballería de Wellington.

Rápidamente se estableció contacto con el último escalón enemigo constituido por tres regimientos de infantería, que sin grandes precauciones se dirigían á coronar una posición para proteger mejor la retirada. Toda su caballería se encontraba concentrada en aquel punto, dejando desamparado uno de los flancos. Cargó Ansón impetuosamente al frente de su brigada mientras que los dragones alemanes bordeaban la altura en

formación de escaso frente por impedirlo el terreno, hasta encontrarse en un llano donde los escuadrones iban adoptando la línea para lanzarse sobre la infantería, que mandada por Foy, se apercibió de la maniobra, ordenando á los tres regimientos que formasen el cuadro para resistir la acometida.

Aquella valiente carga, una de las más memorables de la guerra, era referida por Von Yslar-Gleichén, teniente coronel alemán, del siguiente modo: El cuadro enemigo, estaba en la pendiente baja de aquellas alturas. Los jinetes alemanes avanzaron á la señal de su jefe con orden y decisión contra el mismo—cuadro—, siendo recibidos á cien pasos con una descarga atronadora de fusilería. El valiente *Rittmeister* cayó mortalmente herido en la rodilla por una bala. El teniente Von Voss y varios hombres y caballos hallaron también la muerte.

Sin más, se adelantó el capitán Yslar-Gleichén, que como segundo, mandaba la izquierda del escuadrón, se puso á la cabeza, animó á aquellos valientes con su ejemplo y entusiastas frases, y los llevó, bajo una segunda y mortífera descarga, sobre las bayonetas enemigas. Avanzando su flanco derecho fueron envueltos á un mismo tiempo dos lados del cuadro. Las dos primeras filas de éste, arrodilladas, opusieron á los atrevidos dragones su mortal acero mientras las bocas de fuego de las cuatro filas sucesivas, puestas en pie y con tranquilo continente, lo dirigían contra el pecho de los jinetes.

En ese crítico momento en que debía empezar la lucha del sable con la bayoneta, del atrevido jinete con el sereno infante—y andaba vacilante la victoria—abrió camino para el triunfo á los alemanes un tiro casual salido de las primeras filas enemigas que mató un caballo, cayendo éste con su jinete sobre las bayonetas. Entonces les fué abierta una entrada, y á pesar del fuego destructor de la infantería, y sin hacer caso de las caídas de jinetes y caballos, penetraron

impetuosamente en el cuadro. El orden cerrado fué roto, el batallón destruído en parte, y en parte hecho prisionero.

El teniente coronel Gleichén, al referir la operación, sólo menciona la carga dada á uno de los regimientos franceses que fué sorprendido antes de ganar la altura de Garcihernández, donde se encontraban los otros dos regimientos de Foy, quien niega la ruptura y vencimiento de éstos, que supieron mantenerse en su formación, causando enormes bajas á los atacantes.

Ninguna de las relaciones de la importante manobra marchan al unísono, pues cada bando, al exponer con todo lujo de detalles la situación de las fuerzas y el resultado del combate, se atribuye el éxito. Los franceses con su general Foy, conceden y aun explican que fuera roto el primer cuadro, pero nunca los otros dos; Unger supone rotos dos, y lo explica así: «El general Bock, á la cabeza de una brigada anglo-alemana, rompió el primer cuadro, formado por el 6.º ligero, y el primer batallón del 76.º de línea, acuchilló cerca de 400 hombres é hizo 900 prisioneros. Los otros dos cuadros continuaron su retirada, pero en el que se hallaba el general Foy, es sólo el que resistió todos los ataques, la caballería inglesa detenida por el buen continente, y el fuego muy nutrido de aquella tropa no se atrevía á cargarla; el tercer cuadro participó de la suerte del primero.» Otro historiador, Southey., dice: «El cuerpo entero, que consistía en tres batallones, fué hecho prisionero, perdiendo la brigada en su carga 30 muertos y cerca de 50 heridos».

Napier, el ilustre narrador, es á nuestro parecer el que sobre todos los hechos referidos en la campaña, tiene más indiscutible autoridad, no dejándose llevar por la pasión, sino ajustando sus actos al más recto criterio, y mencionando con la posible veracidad aquellos sucesos en que él intervino. Cuando refiere dicha operación, la admiración y el entusiasmo por los intrépidos alemanes se refleja en el curso de sus escritos:

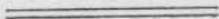
«Aquella carga—dice Napier—había tenido un éxito superior á toda esperanza; los alegres vencedores de pie, en medio de sus cautivos y de millares de amigos que los admiraban, parecían ser invencibles, y sin embargo, los testigos de aquella escena, los actores mismos, quedaban convencidos de esta verdad militar, que la caballería no puede arrollar á la infantería sino es por sorpresa. La montaña de La Serna ofrecía un espantable espectáculo del poder de la fusilería, esa reina de las armas modernas: el camino que habían seguido los alemanes estaba señalado con sus gigantescos cuerpos. No había durado el combate sino pocos minutos y más de cien valientes habían sido heridos, cincuenta y uno mortalmente. En varios sitios, caballo y hombre habían sido muertos simultáneamente y tan de repente que, caído cada uno de ellos de costado, parecían aun vivos, las patas del caballo extendidas como para ponerse en movimiento, el caballero con el pie en el estribo, la brida en la mano, el sable alzado y presto á herir; el gran sombrero sujeto todavía en derredor de la barba, lo cual daba á los rasgos del semblante, aun no desfigurado por la muerte, una expresión sobrenatural y terrible.»

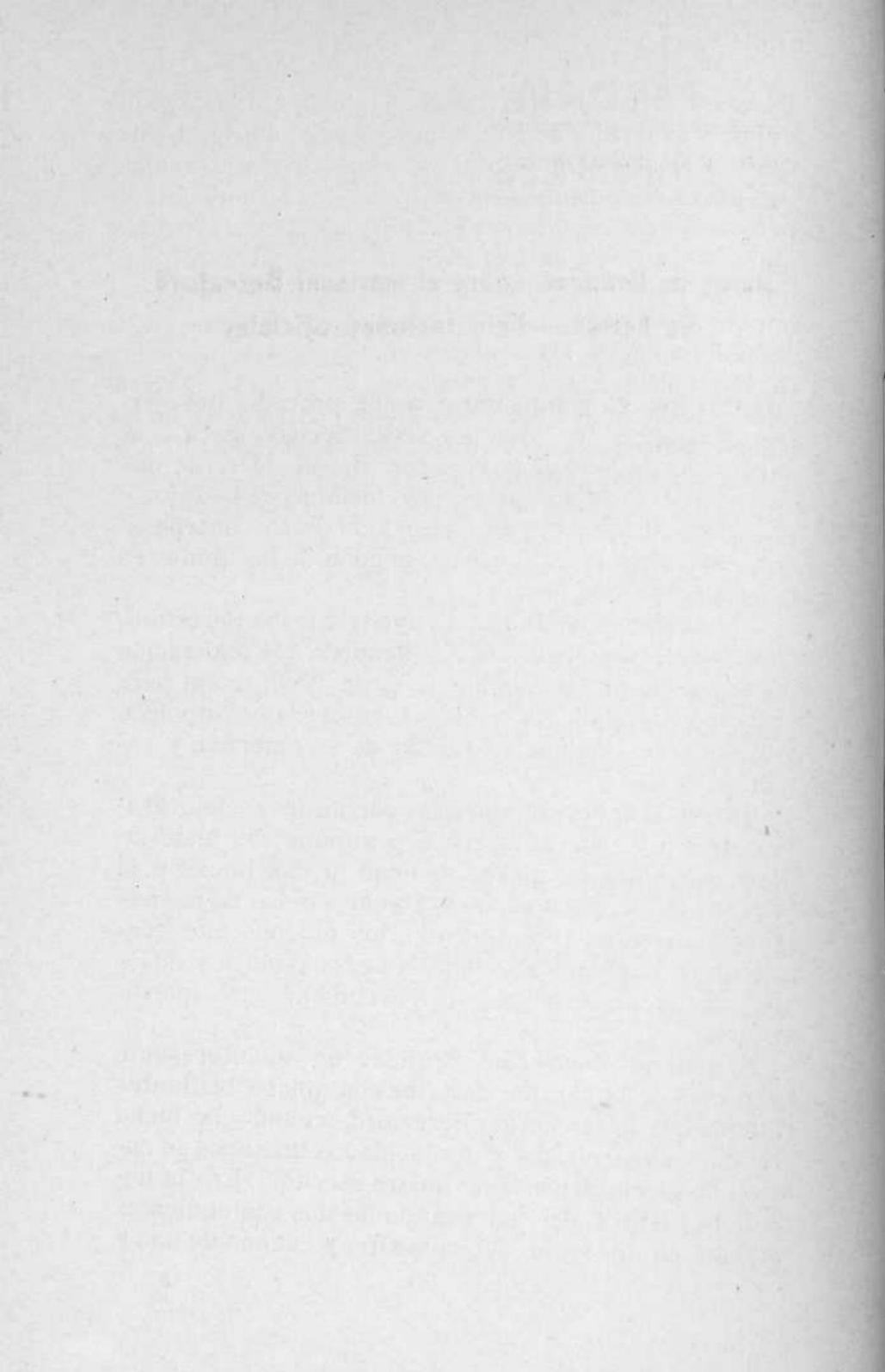
¡Qué hermoso proceder el de aquellos heróicos soldados hanoverianos, que siguen á sus jefes, luchan como fieras y vencen ó mueren en la pelea! Sus oficiales les han dicho: «Vamos á morir, mostrando el valor de nuestra raza. La Patria exige un sacrificio, y nosotros con nuestra sangre vamos á escribir la más hermosa página de nuestra historia; si vencemos el honor del vencedor; si morimos, la gloria de morir por la Patria. ¡A ellos!»

Y una masa considerable de hombres y caballos, haciendo temblar el suelo, y en loca carrera se lanza sobre el enemigo. Los agudos toques del clarín, el relinchar de los caballos, las voces de mando, todo se confunde entre grandes nubes de polvo; centelleantes al sol los rajantes sables manejados por vigorosos

brazos, los rostros guerreros curtidos y en fiero gesto animan al arrojo, y aquel conglomerado de colores, de sonidos, de heroísmos, de corazones nunca vencidos, llegan al choque brutal, destrozando, revolviéndose para atravesar con ímpetu las líneas del cuadro, que quiebra sus caras ante el huracán de la caballería, que hostiga, persigue y aniquila, á granaderos valerosos impotentes para resistir la carga.

Así lucharon los soldados alemanes en las laderas de Garcihernández, añadiendo una página honrosa á la historia de la Legión Real, que contribuyó con su bizarro proceder á las victorias obtenidas sobre el francés en la comarca castellana.





# LOS PORTUGUESES EN ARAPILES

## **Datos de Brandao sobre el mariscal Beresford. Su herida.—Felicitaciones oficiales**

En la guerra peninsular el noble proceder del ejército portugués fué algunas veces decisivo para conquistar las palmas de la victoria. Briosos ejércitos, que después de ser admirado por sus hazañas en Badajoz y Albuera, confirman el valor heredado de sus antepasados, enalteciendo el laureado pendón de las quinas en la batalla de Arapiles.

Los soldados lusitanos, á cuyo frente iba Beresford, contribuyeron con gallardía y denuedo á la realización del objetivo que perseguía el gran Wellington, para reducir y aniquilar las huestes invasoras que Napoleón enviara á la Península, guiado de su ambición y vanidad.

En los Arapiles, el mariscal portugués recibió grave herida al frente de su tropa, y aunque los historiadores españoles é ingleses dedican pocas líneas á la bravura de nuestros vecinos, creemos deber de justicia mencionar algún episodio entre los muchos que ocurrieron en la memorable batalla de Salamanca y de los que fueron actores principales combatientes portugueses.

El general Zephyrino Brandao en su interesante narración de la batalla, describe con mucha brillantez el momento de ser herido Beresford, cuando la lucha era más encarnizada y los soldados lusitanos se cubrían de gloria. Dice así el ilustre escritor: «Era la hora de la postura del sol cuando los dos contendientes estaban en lo recio del combate, y cuando de uno y

otro lado avanzaban núcleos de tropas para ocupar varios puntos ventajosos de la posición, llegando al choque, repeliéndose mutuamente por instantes como el encuentro de dos torrentes contrarios. Finalmente, un rastro de humo parduzco, serpenteante, señalaba el ardor de la pelea, al propio tiempo que el fragor estridente, continuo, del tiroteo, y el profundo retumbar del cañón, establecieron pavoroso concierto.

Cuando la primera brigada portuguesa se disponía á tomar el mayor de los Arapiles, defendido con sin igual denuedo por el enemigo, el mariscal Beresford ordenó al general Sprye que cambiase el frente de la tercera brigada portuguesa á su mando é hiciese fuego sobre el flanco de la división enemiga. Inmediatamente un oficial de infantería, á caballo, con el uniforme portugués, llega gritando: ¡Un cirujano, un cirujano inglés!

En un momento, con efecto, un cirujano inglés perteneciente á un regimiento lusitano de línea, al oír que reclamaban su concurso, metió espuelas al caballo saliendo al encuentro del oficial, que resultó ser el coronel Warre, uno de los ayudantes de campo del mariscal Beresford. Cirujano y ayudante partieron al galope en dirección al punto más reñido de la refriega.

Después de unos minutos se encontraron frente á una carreta entoldada, echando el primero pie á tierra y acudiendo presuroso á descorrer las cortinas del vehículo. En el fondo hallábanse dos individuos, uno de ellos con uniforme de sargento, siendo el otro Beresford, ataviado con levita azul y cuello blanco. En su costado izquierdo veíase una estrella de sangre, tan viva y definida, que se asemejaba por su tamaño á una placa militar y ocupaba el lugar destinado á su colocación usual. En el centro distinguíase un pequeño orificio negro y redondo. El mariscal tenía los ojos medio cerrados, tranquila la fisonomía, aunque un tanto pálida. La situación de la herida, encima justamente de la verdadera fuente de vida, la tranquilidad del mariscal, el aspecto de su compañero cuyos miembros inferiores

estaban materialmente deshechos, ambos, generalísimo y oficial inferior, acostados uno al lado del otro, silenciosos, inánimes, ensangrentados; todo esto que parecía un preludio de igualdad en la lucha, impresionó un instante al cirujano, quien no perdió el tiempo en preguntas por llegar á la fácil conclusión de que ninguna lengua era apta para responderle. Con gran rapidez desabotonó la guerrera al mariscal é introdujo en la herida el dedo índice á modo de sonda. Tocó una costilla lisa y resistente, y vió que el curso de la bala se internaba, desviándose hacia la caja torácica del herido. Por primera vez desde que subió á la carreta abrió la boca y exclamó: «General, su herida no es mortal». Esta observación hecha con el convencimiento de que podía interesar muy particularmente al herido, parece que fué oída por éste con indiferencia, por cuanto sin atenderla, eleva la vista y pregunta: ¿Qué tal va corriendo el día?—«Menos mal»—contesta el cirujano—«el enemigo comienza á perder terreno».—«Ha sido un día sangriento»—repite Beresford.

Durante este breve diálogo el cirujano inglés había seguido el tránsito de la bala, gracias á un estilete de madera, encontrando en el fondo al proyectil adherido á la carne del pulmón izquierdo. Hechos los preliminares para la extracción, y cuando el general volviese á un lado, el sargento recobró el conocimiento pidiendo auxilio para sus heridas. El cirujano le recomendó silencio, diciéndole que su general estaba al lado, herido también. Apercebido Beresford, volvió la cabeza, y dirigiéndose al cirujano, exclamó: «Doctor, si la herida de ese pobre hombre exige ser curada primero que la mía, dedíquese á ella sin demora». Estas palabras, y con el tono que fueron pronunciadas en aquel momento, impresionaron profundamente al cirujano, el cual prontamente hizo observar al mariscal, que de no efectuarse la amputación de ambas piernas, nada podía hacer por el infeliz sargento, no teniendo tampoco los instrumentos precisos para proceder á la operación.

Los tres callaron y el doctor trató de extraer la bala. El bisturí hallábase ya enterrado en la carne y su punta raspando el proyectil, cuando Beresford, sintiendo que el cirujano cesaba de rajar, y calculando tal vez que en la seguridad del operador podía influir la patente del operado, volvióse de nuevo para un lado y con imperturbable serenidad dijo en tono animoso: «Corte cuanto quiera, por que jamás en mi vida tuve un desmayo». Casi al mismo tiempo el hábil operador colocaba la bala en la mano del mariscal. Ligadas las heridas, el operado trató de indagar el tratamiento que debía seguir, y el cirujano le atajó manifestándole que sería prudente sangrarle pasadas seis horas. «¿Y quién me ha de sangrar? contestó rápido el mariscal.

El cirujano, desde el momento en que subió á la carreta y reconoció al mariscal, certificando no ser mortal su herida, pensó que se le ofrecía propicio ensayo de abrirse camino para su ascenso, el cual dependía de Beresford, comandante en jefe del ejército portugués. Para satisfacer, pues, sus ambiciones, el mejor medio sería no dejar desamparado al ilustre enfermo, y para lograr su propósito y encubrir dignamente sus deseos, se le ocurre decir: «Mi regimiento se hallará problememente empeñado en la acción, y mucho lamento estar ausente de él cuando mis compañeros necesiten tal vez de mi auxilio, por eso deseo esperar que mi general me permitirá ir con ellos».—Ciertamente—respondió Beresford.

Después de algunos semanas, fué el cirujano nuevamente presentado al mariscal, que sufría una gran inflamación en el lado herido, seguida de una hemorragia en la herida, que asomaba trozos de la guerrera arrastrados por la bala. La lesión presentaba mal aspecto, y gracias á cuidados continuos pudo cicatrizar.»

El parte dado por Wellington á los gobernadores del reino hablaba con elogio de los portugueses y de su general Beresford. En nombre de Portugal, el ministro

de la Guerra don Miguel Peréira Forjaz, dirigió á Beresford el siguiente oficio: Ilmo. y Excmo. Sr.: Haciendo presente los gobernadores del reino las comunicaciones del mariscal general marqués de Torres-Vedrás (Wellingtón) sobre las operaciones que tuvieron lugar en el pasado Julio, por ellas y otras noticias vienen en conocimiento de que V. E. cooperó á tan importantes acontecimientos, exponiéndose á los mayores peligros y llegar á ser gravemente herido. Los gobernadores del Reino seguros de los sentimientos que animan á V. E. se congratulan con V. E. por la victoria que alcanzaron los ejércitos aliados, y le dan los parabienes por la certeza de estar aminorado el peligro de sus gloriosas heridas, de las que ardientemente desean á V. E. restablecido.

V. E. por una vigorosa disciplina ha sabido preparar, el ejército de su alteza real, el príncipe regente nuestro señor, para ver y merecer el crédito de sus antepasados; y él lo va mereciendo constantemente y lo excederá si es posible, viendo en V. E. un retrato de los hombres famosos, que en los días de nuestra mayor gloria enseñaron á sus soldados con la palabra y el ejemplo. Transmitiendo á V. E. estos sentimientos de los gobernadores del Reino, V. E. me permitirá que yo una á ellos los de particular consideración con que soy de V. E. el más obediente y fiel compañero, *D. Miguel Pereira Forjaz*.—Ilmo. y Excmo. Sr. Conde de Trancoso (Beresford).—Lisboa 8 de Agosto de 1812».

Si el crédito de lord Wellingtón se consolidó por tan señalada batalla, cupo al noble ejército portugués singular participación en la gloria alcanzada y por eso en Inglaterra y España subió de punto el alto y merecido concepto que comenzaba á formarse de la importante coadyuvación de las armas lusitanas, y de la justa confianza que se les debía de tributar.



# LOS CORSARIOS

## CASTELLANOS

**Su labor en la campaña.—Guerra de guerrillas.**

**Opinión de Napoleón.**

**Don Julián Sánchez y las operaciones en la frontera, y línea del Agueda.**

Del chispazo del 2 de Mayo de 1808, surgió el guerrillero español, que si en el nombre variaba, tenía en su antiguo historia! el fiero título de almogávar, puesto que en las andanzas bélicas había señalado su viviente personalidad, formando en los tercios dominadores de la vieja Europa, y en la de aquellos inimitables grupos de expedicionarios que cruzando el Atlante, llegaron vencedores á la América.

Las victorias obtenidas en la campaña castellana de 1812 se debieron á la acción común de la guerra regular, que hemos ido reseñando, y de la irregular ejecutada por las innumerables partidas de tropas corsarias que con sus actos de audacia y valor facilitaron extraordinariamente la labor llevada á cabo por el generalísimo inglés. Por eso dedicamos este capítulo á los anónimos guerrilleros castellanos, que al grito de independencia levantáronse en armas, mostrando al enemigo múltiples objetivos, incapaces de ser destruidos por su natural divergencia y que ni una sola vez pudo abarcar en su loca conquista el gran Napoleón.

Donde más se dejó sentir ese afán de lucha fué en la frontera portuguesa, y tierras limítrofes. El eje directriz de marcha de las tropas invasoras se rompió al franquear la divisoria de los reinos, y allí se estacionó por la pronta aparición de desarticuladas y

diminutas guerrillas. Cuando dieron comienzo las operaciones que determinaron la batalla de Salamanca, ya estaba lleno el campo de audaces é incansables guerrilleros que circunvalando constantemente al ejército de Marmont, le hacían la vida tan dura, difícil é ingrata que resignado por no hallar remedio que oponer á las partidas, se dejaba copar fuerzas y perder convoyes, convencido de que la fatalidad le perseguía en aquella para él, desastrosa campaña.

No podía ser también más favorable la disposición del pueblo portugués, que veía invadido su territorio, y desde el primer instante cooperaba á la realización del ideal hispano. En países de comunicaciones difíciles en la parte fronteriza, estas buenas disposiciones tenían importancia capital en la cuestión de las subsistencias con motivo del aprovisionamiento, y en tanto que las tropas de Marmont necesitaban distraer efectivos grandes á fin de proteger sus convoyes, y una serie no interrumpida de puestos escalonados en su línea de abastecimiento, las partidas de guerrilleros sin escolta transitaban por toda la comarca, dando noticias á Wellington de los movimientos enemigos, y causándoles al propio tiempo innumerables daños.

Entonces fué cuando el francés incluyó en su tecnicismo militar la palabra guerrilla, y la lucha de grupos belicosos por naturaleza, independientes, ágiles, diestros, ingeniosos y sufridos, fueron la oposición tenaz y sistemática á soldados regulares acostumbrados al combate. No emplearon jamás los castellanos la resistencia compacta de la línea ó de la columna, eso se dejaba á las tropas aliadas, sinó la táctica libre, individual, del instinto, esa táctica verdadera en la que el hombre y el terreno se hermanan y confunden, para imponer su fuerza, sobre las nutridas columnas de hercúleos combatientes profesionales. Los hombres que bullían entre amigos y enemigos, ignoraban los rudimentarios preceptos de *re militari*, y ninguno de sus modestos jefes «estaba enseñado en la escuela de la

victoria, ni llevaban atada la fortuna, á la cola de los caballos». Sabían que al Duque de Ragusa, con sus tropas, se le podía vencer de una sola manera: Uniéndose con el lazo común de los grandes fanatismos, y así harían ineficaz la mejor organización, suplirían la desventaja del número, armamento y material con propios elementos de tanta ó más valía.

Nuestros guerrilleros no podían en modo alguno combatir á la europea como las tropas aliadas, ni ajustarse á los preceptos de un reglamento, ni conocer tampoco el derecho de gentes porque las circunstancias á ello se oponían. Dentro de su independencia, auxiliaban á sus hermanos, los soldados regulares con sus modestas pero necesarias operaciones conocidas por la emboscada, la dispersión, el ataque súbito, el merodeo la veloz retirada, la sorpresa y tantas otras que sabia-mente dispuestas y valerosamente ejecutadas dieron al traste con el acreditado renombre de unas columnas vencedoras siempre. Lucharon nuestros castellanos con soldados aguerridos, pero refractarios á toda ordenanza y disciplina. Acostumbrados á batirse, necesitaban ser lanzados como la piedra de la honda, por un brazo vigoroso y atinado, pero la moral militar inculcada en estas tropas en campañas anteriores, sufre rudo golpe en la Península, y es punto de partida del declinar de un Imperio, no humillado hasta que pisó tierra castellana.

Es curioso, y lo confirman todas las biografías del coloso, que desde el momento en que los guerrilleros españoles apelaron á sus movimientos ofensivos, la penetrante sagacidad del más alto capitán del siglo, empezó á verse en cierto modo confusa, morosa, embotada. En la obra apologética de Thiers se ven vacilaciones, tanteos, resoluciones medio concebidas y medio abortadas. Decía el ilustre Almirante que ya la catástrofe de Bailén hizo pensar á Napoleón que el pueblo organizado en guerrillas volantes era el más tenaz enemigo á sus planes de invasión y conquista. Como general vino entonces á España á poner remedio militar

á los fracasos, pero prontamente marchó á Alemania. Sin duda llevóse muy triste impresión, traducida en una indiferencia, un tedio, un mal humor, hacia los asuntos de España, repugnancia que en su incansable actividad solo pueden explicarse por la tácita renuncia á una empresa que desde luego consideró perdida. Trocando siempre contra la ineptitud de su hermano José y de sus Tenientes, riñendo, satirizando á Jourdan, Soult, Massena, Ney, Marmónt, no se ve en su áspera y dislocada correspondencia un rayo de luz, un relámpago siquiera de su ingenio inagotable.

Los castellanos que más trabajaron en aquella campaña como jefes de partida fueron: El Empecinado, famoso vallisoletano, terror de los franceses; el palentino Bartolomé Amor, Fray Julián Delica, el manco Abuín, el cura Merino, Jerónimo Saornil, Cenón García, Francisco Porras, Julián de Pablos, el cura de Astudillo, Vicente Olivera, y el celebérrimo don Julián Sánchez, el Charro, que fué singularmente el que más se destacó en las operaciones, cuyo teatro fueron principalmente la frontera portuguesa y provincia de Salamanca, de donde era oriundo, y por consiguiente gran conocedor del terreno en que se operaba. Auxiliar poderoso en el alto mando de Wellingtón, fué el Charro merecedor de la estimación del generalísimo, quien llegó á señalarle puesto de formación en su ejército, durante la batalla de Arapiles.

Don Julián Sánchez realizó en aquella época tales proezas, que bien merecen ser consignadas en recuerdo del gran patriota, cuya vida y hechos pasaron desapercibidos para muchos historiadores, harto severos con el modesto cooperador de Wellesley en tierras salmantinas, cuando citan su intervención.

Sitiada la plaza de Ciudad-Rodrigo por un numeroso ejército francés el 25 de Abril de 1810, el general gobernador Pérez de Herrasti se dispone á su defensa, aunque la guarnición de la plaza es insuficiente para resistir las acometidas del sitiador. Lord Wellingtón

se halla con refuerzos en Fuente-Guinaldo, y es menester que se rompa el cerco de la plaza para estar en comunicación con él. El valeroso don Julián Sánchez que con su partida forma parte de la guarnición de la ciudad se ofrece voluntariamente á Herrasti, para llevar á la práctica cuantas operaciones sean necesarias para el mejor resultado del sitio.

El día 30 de Abril, á las cinco y media de la tarde sale el Charro á ejecutar un reconocimiento de la posición de los enemigos, dirigiéndose hacia las tapias del Cementerio con 120 caballos de su partida, sostenido de dos guerrillas de infantería de 50 hombres cada una. Entonces se trabó una acción con las grandes guardias de caballería de los franceses que estaban por aquella parte situada en escalones, los que fueron sucesivamente reuniéndose hasta el número de 200 dragones y 150 de infantería; pero á pesar de su superioridad los cargó don Julián con tanto ímpetu, resolución é inteligencia, que los hizo retroceder por espacio de media legua, matándoles é hiriéndoles un crecido número, y ya anochecido, se volvió á la plaza sin otro descalabro que el de tres soldados heridos de su partida y dos de infantería.

Otro día se dispuso una salida para retirar los puestos de caballería enemiga de los puntos avanzados en que se habían establecido por el frente de los abarrancamientos que iban formando, que aunque no al alcance de la artillería de la plaza, les servirían de apoyo para forragear libremente á su frente; y habiendo el comandante de artillería propuesto á Herrasti, que para ejecutarlo con más ventaja se podían llevar dos morteros ligeros del calibre de seis pulgadas que había en el Parque, y colocados en carros podrían arrastrarlos los mismos artilleros y servirlos con oportunidad en el paraje que conviniese, se ejecutó así, encargando de ellos al teniente coronel mayor de la brigada de artillería don Isidro López de Arce. Iba don Julián con la mayor parte de su caballería á la cabeza, y escoltando

y cubriendo dichas piezas todos los cazadores disponibles al mando de don Antonio Camargo.

A pesar de una copiosa lluvia que en el instante de la ejecución sobrevino, se dirigieron en columna al sitio denominado «Los Paredones», donde comenzaron sus ataques con una intrepidez que puso desde luego en movimiento toda la línea enemiga, y alarmó sus campamentos desde los que enviaron al instante crecidos refuerzos al punto de ataque, pero luego que estuvieron reunidos, rompieron el fuego sobre ellos los morteros, con tanto acierto, que cayéndoles varias granadas en medio de sus columnas las pusieron en desorden, y acometidas al mismo tiempo en sus flancos por la caballería de don Julián se hizo un verdadero destrozo en las filas francesas. En esta acción la partida de don Julián no tuvo una sola baja.

Por aquel tiempo, como decíamos, Lord Wellington, que permanecía en Fuente-Guinaldo con don Martín de la Carrera, envió al general Crawford, comandante de la vanguardia de su ejército que estaba en Gallegos, á conferenciar con Herrasti. Terminada la conferencia salió el general inglés de la plaza para incorporarse á su puesto, llevando como escolta á don Julián y 60 hombres de su partida. Tan pronto como los franceses les vieron salir se fueron concentrando hacia el punto de su dirección y formando tres grupos de caballería de unos 300 hombres entre todos, sostenidos de 200 de infantería que acudieron de un campamento inmediato, les acometieron hacia el barranco del Teso de San Francisco, dirigiéndose uno de los grupos como á cortarles por su derecha y atacándoles los otros dos por la espalda y costado. Notando el general Crawford la superioridad aplastante de las fuerzas y conociendo el intento, temeroso de que lo lograsen, dijo á don Julián que su opinión era retirarse nuevamente á la plaza.

El Charro, conocedor á palmos del terreno, diestro en aprovecharse de sus ventajas, y temiendo que en el caso en que se hallaban un titubeo sería funesto, y una

retirada, desastrosa, determinó por el contrario salir del apuro con un golpe de resolución, y diciéndole al general que no tuviese cuidado, mandó volver caras á su tropa, y tocar en seguida á degüello, lo que ejecutaron con tal denuedo, que sorprendidos los franceses que los atacaban volvieron grupas y comenzaron á huir á todo escape, desordenados y llenos de terror. Los lanceros de don Julián les siguen en la fuga tan encarnizadamente que les matan más de 50 dragones con un jefe de escuadrón y otros tres oficiales, apoderándose además de 19 caballos.

Dice el general Herrasti en sus Memorias, que aquella acción fué verdaderamente de las más memorables en todo el tiempo del cerco y sitio, y que los franceses quedaron tan escarmentados de ella que no volvieron á empeñar otra en las diferentes salidas á reconocimientos que después se ejecutaron.

El general Crawford quedó admirado de aquel heroísmo, haciendo los mayores elogios, así de la intrepidez de los guerrilleros, como del conocimiento, pericia y resolución de don Julián Sánchez, que desde aquel día logró un aprecio y crédito extraordinario entre los ingleses, infundiendo tal pánico á los enemigos que en lo sucesivo no veían salir ninguna partida de su tropa, aunque fuera muy inferior en número, que no les pusiese en cuidado y respeto, llegando á huir hasta con un tercio más de fuerza.

Cuando los sitiadores tenían ceñida la plaza por todas partes y sus emplazamientos y baterías á un tiro de pistola de las murallas, era materialmente imposible que la caballería ejecutase maniobra alguna. ¿Cómo iba á sacrificarse aquella admirable guerrilla que en campo abierto era invencible? ¿Terminaría su glorioso historial destruída dentro de los muros mirobrigenses?

Era menester que aquella misma noche—22 de Junio—todos los lanceros se incorporasen á la división volante del general La Carrera que se hallaba en Martiago, quedando solamente en la ciudad 30 hombres

de la partida por hallarse desmontados, con los caballos heridos y no poder seguir á los demás. Encargóse de tan difícil y arriesgada operación don Julián, quien la llevó á cabo con una destreza que los mismos adversarios se vieron precisados á admirar. A las 11 de la noche salió al frente de su partida con dirección á la dehesa de Marti-Hernando, donde sorprendió á los centinelas y puestos de guardia enemigos, forzando una tras otra las tres líneas del sitiador, y matando y arrollando—según frases de Herrastí—á cuanto se le puso por delante.

Así dió cima el valeroso Charro á una empresa que hubieran calificado de temeraria aun los hombres de corazón más esforzado.

Siguió el infatigable guerrillero en la frontera con su acostumbrada táctica, auxiliando á Lord Wellington que encastillado en Fuente-Guinaldo decidió partir el 10 de Agosto de 1811 hacia Ciudad-Rodrigo con objeto de rendir por hambre á la plaza en poder del enemigo. Para ello estableció una línea desde su cuartel general á la ribera del Azaba, rodeose de la cuarta división, destacó la tercera por la derecha del Agueda, la segunda por la izquierda, y envió la séptima que servía de reserva á la Alamedilla. Ocupábase el Duque en reunir los pertrechos necesarios para emprender el sitio cuando los generales Marmont y Dorsenne acudieron juntos á abastecer la plaza. Vió el noble inglés la superioridad numérica del contrario, y abandonó sus posiciones sin tratar de impedir el socorro, volviendo á Fuente-Guinaldo, su primitivo cuartel general. Allí pidió la incorporación de la partida de don Julián, y gracias á ella pudo continuar en Octubre sus interrumpidos preparativos.

El famoso salmantino continuó no dando punto de reposo á los franceses y de tal modo los traía acobardados que en Salamanca por no salir á los vecinos montes en busca de leña, hubieron de derribar algunos conventos para cocer los ranchos y calentarse con sus

maderas. La partida de lanceros, aparecía y desaparecía con una rapidez estupenda. Era incomprendible la movilidad en sus raids, pues había días en los que recorría vertiginosamente leguas y leguas, y siempre acudía en un momento dado, á puntos donde su presencia era necesaria.

Noticioso don Julián que los franceses de Ciudad-Rodrigo, sacaban á pastar su ganadería, preparó por aquellos días dos emboscadas, una á la derecha y otra á la izquierda del Agueda, con tan buena suerte, que al mismo tiempo que la primera se apoderaba de 500 reses y de los soldados que las guardaban, él en persona con solo cuatro lanceros, hizo prisionero al gobernador francés, no lejos de la plaza. El hecho, rigurosamente exacto, consta en la obra *History of the Peninsular War b y A.*

En el mismo mes de Octubre entró la guerrilla de don Julián en Barco de Avila, arrojando á la guarnición francesa; de allí marchó á Priedrahita, y luego á Puente Congosto con igual suerte, logrando dejar libre de invasores toda aquella rica comarca de Avila y Salamanca, cogiendo muchos prisioneros y grandes cargamentos de víveres. Apareció la guerrilla en Fuente-rrobes, partido de Alba de Tormes, donde los franceses que lo ocupaban se proponían pasar á Béjar, pero sabedor de ello don Julián les salió al encuentro, hallándoles en Valdelacasa, matando en el encuentro á 14 y obligando á huir á los demás que abandonaron los equipos. En Peromingo, ya rehechos, trataron los imperiales de revolverse contra el Charro, consiguiendo otras 40 bajas entre muertos y prisioneros. «Las pérdidas totales del enemigo en aquel encuentro—escribe Rodríguez Solís—ascendieron á 75 muertos, muchos heridos y porción de caballos y armas; las de don Julián á dos muertos y ocho heridos.» El 6 de Noviembre libró Sánchez otra acción también con éxito, en las inmediaciones de Martín-Muñoz, cuando se dirigía á la calzada de Béjar, atacando á 120 dragones y 400 infantes,

haciéndoles 30 muertos, buen número de prisioneros y apresando aquel mismo día 200 arrobas de vino y 2.000 fanegas de trigo. Por sorpresa se apoderó el 20 del mismo mes de Fuentesauco, y en Diciembre, en las cercanías de Alaejos é inmediaciones de la Nava del Rey, realizó otro choque con un numeroso cuerpo de caballería al que causó gran daño, y en el que perecieron hasta 30 de su partida. Entonces se le incorporaron las guerrillas vallisoletanas de Vicente Olivera y el cura Violado.

En 1812 cooperó don Julián á la recobranza de Ciudad-Rodrigo, formando en las avanzadas del Duque, á quien acompañó en las operaciones sucesivas. Alguien asegura que la personalidad del guerrillero no volvió á destacarse como antes, lo cual nada tiene de extraño, pues una partida desde el momento que tiene que ajustarse á los planes de una tropa organizada, pierde su natural independencia por estar subordinada al alto mando y no poder elegir las ocasiones que en la lucha irregular se le presentan para obtener el mayor fruto del valor y de la osadía.

El mejor elogio que puede dedicarse á los bravos castellanos que combatieron con don Julián, es el que les tributa en uno de sus escritos el teniente general inglés, marqués de Londonderry: «Don Julián Sánchez fué uno de los guerrilleros más emprendedores y más hábiles que el curso de la guerra puso en campaña. Con su pequeño cuerpo de caballería irregular ejecutó tantas y tales hazañas, que muy pocos las hubieran como él acometido, llegando á ser su nombre tan celebrado en los cantos populares de sus compatriotas, como temido y odiado por los franceses».

---

# LA LABOR DE WELLINGTON

**Ideas sobre su carácter y concepto del deber.**  
**Los elogios sobre la gestión en la península.**  
**Silüeta de su personalidad.**

Las extraordinarias cualidades desplegadas por Lord Wellington en todas sus campañas inmortales, y principalmente en la del año 1812, solamente pueden apreciarse después de una lectura de sus despachos oficiales que contienen la relación escueta de los variados caminos y medios por los que estableció los cimientos de su éxito.

Brialmont dijo de Wellington que era el más grande y verdadero de los hombres que habían producido los últimos tiempos. Era el súbdito más sabio y más leal que jamás haya servido y sostenido el trono británico.

Todos los historiadores dedican al gran general inglés elogios por su proceder en las campañas de la península, en la que se acreditó á más de general, como un hombre de negocios de primera fuerza. Poseía la notable facultad de abstraerse del trabajo que tenía entre manos, por mucho que llamase su atención, y de concentrar sus energías sobre los detalles de otro asunto distinto. Napier, apropósito de esta excelente cualidad, refiere que mientras planeaba la batalla de Arapiles, tenía que demostrar al ministro en Inglaterra lo incierto que era confiar en un empréstito; en las alturas de San Cristóbal sobre el mismo campo de batalla fué donde puso de manifiesto lo absurdo de tratar de establecer un Banco portugués; en las trincheras de Burgos fué donde estudió el plan financiero de Funchal, estando en todo momento tan enterado de estos

asuntos como de los detalles más pequeños del mecanismo de los Ejércitos. Napoleón y el Duque de la Ragusa en sus escritos confirman ampliamente cuanto manifestamos.

Los subordinados le apreciaban por su imparcialidad, veracidad, justicia y desinterés, inspirando ilimitada confianza á todos. Dicen sus historiadores que Wellington siempre trataba á sus inferiores con extrema cortesanía. Poseía en alto grado la calma, la urbanidad, y el encanto de modales, que tienen su origen en un elevado nacimiento ó que previenen de una elevación natural de carácter. En las órdenes nunca mandaba, solamente recomendaba encarecidamente y pedía. En sus conversaciones con los oficiales les rogaba que no usaran lenguaje duro para con los inferiores, «las expresiones de esta clase—decía—no son necesarias, pueden lastimar, pero jamás convencen.» Refiere Napier que vió al Duque anegado en lágrimas, cuando después del asalto de Badajoz, se le dió el parte que más de 2.000 hombres habían caído en aquella terrible noche.

Chateaubriand, cuando ensalzaba los buenos sentimientos de Wellesley decía: «Tenemos demasiado respeto por la gloria para que podamos contener nuestra admiración por Lord Wellington. A la verdad nos sentimos conmovidos hasta las lágrimas, cuando vemos ofrecer á un hombre grande y venerado, durante nuestra retirada á Portugal, dos guineas por cada prisionero francés que le fuese entregado vivo.»

Wellington hizo su aprendizaje militar á las órdenes del Duque de York y del general Walmoden en Flandes y Holanda. Dos años después era coronel en la India. El general Harris decía en 1799: «El regimiento del coronel Wellesley es un cuerpo modelo, y está por encima de todo elogio en lo que respecta, á porte militar, disciplina, instrucción y conducta ordenada». Poco tiempo después fué nombrado gobernador de Mysore. Samuel Smiles escribía que en la guerra

con los mahratas fué llamado por primera vez á probar su habilidad como general, y á los treinta y cuatro años de edad ganó la famosa batalla de Assaye con un ejército compuesto de 1.500 ingleses y 5.000 cipayos contra 20.000 infantes de Maharata y 30.000 de caballería. Una victoria tan brillante no perturbó en lo más mínimo su impasibilidad, y poco después de este acontecimiento se le presentó la ocasión de demostrar sus cualidades de administrador, pues encargado del mando de un distrito de importancia, después de la toma de Seringapatam, su primer cuidado fué establecer entre sus mismos soldados un orden y una disciplina severa. El general Harris volvió á escribir al gobernador recomendando fuertemente al coronel Wellesley por la perfecta disciplina que había establecido y por sus arreglos prudentes y hábiles con respecto de las provisiones, pues abrían un mercado libre y abundante é inspiraban confianza entre los traficantes de todas clases». La misma atención aplicada á los detalles y el dominio sobre ellos le caracterizaron en toda su carrera en la India.

De regreso á Inglaterra con la reputación de hábil general, se le emplea prontamente al frente de la expedición de un cuerpo de 10.000 hombre destinados á liberar á Portugal, en 1808, ganando dos batallas y firmando el convenio de Cintra. Después de la muerte de sir Juan Moore, se le entregó el mando de una nueva expedición al reino vecino, acreditándose ya como excelente general en jefe.

El sabio académico Rodríguez Marín dedicó á nuestro aliado palabras hermosas que retratan maravillosamente el carácter de aquel ilustre británico: «No voy á recordar — escribe Rodríguez Marín — las proezas que el general Arturo Wellesley, el Lord Wellington como aquí le llamaban, hizo en aquella guerra famosa; son harto conocidas, y su sola enumeración excedería de los límites de este ligero apunte. Mucho más humilde es mi propósito, como verá el lector. Wellington, que,

aun no cumplidos los cuarenta años de su edad, vino á España en 1808 mandando la división que nuestras juntas patrióticas habían pedido á Inglaterra, se hizo desde luego célebre; sus admirables hechos de armas le granjearon universal renombre, y el pueblo adoraba á quien tan gallardamente se desvivía por combatir y derrotar á los invasores. El combate de Talavera, entre otros, la toma de Ciudad-Rodrigo y de Badajoz, la batalla de los Arapiles, importantísima por sus consecuencias, habíanle dado una aureola tal de gloria, que rayaba en adoración la vehemencia con que las gentes le admiraban. Bien lo demostró Madrid en el fervoroso entusiasmo con que lo recibió el día 12 de Agosto de 1812.

Mas este gran soldado que así sabía ganar los laureles, era enemigo de recogerlos y lucirlos entre manifestaciones estruendosas del popular aplauso, raro y notable mérito del orden moral, que más y más le enaltecía, á los ojos de las muchedumbres.»

Y se cuenta que cuando fué felicitado por la municipalidad de Madrid, no se atribuyó méritos por sus servicios, sino que hizo presente «que las eventualidades de la guerra están en manos de la Providencia.»

Asegura Smiles que Wellington fué un hombre mucho más grande que Napoleón. Y funda esta creencia en que la labor del capitán del siglo fué inútil, porque el egoísmo intenso que le inspiraba en todos sus actos fué su ruina y la ruina de Francia, á la que dejó presa de la anarquía. Su vida enseñó la lección de que el poder sin liberalidad, por vigorosamente que sea manejado, es fatal á su poseedor y á sus súbditos, y que el saber ó la habilidad sin la bondad, no es más que el principio encarnado del mal.

El objetivo de Napoleón era la gloria, la consigna de Wellington era deber, y se asegura que la primera palabra no aparece ni una sola vez en sus despachos, y en cambio la última muy á menudo, pero nunca acompañada por una declaración altisonante.

Nunca pudieron, ni embarazar, ni intimidar al noble inglés las mayores dificultades, porque su energía crecía invariablemente en proporción á los obstáculos que tenía que vencer. La paciencia, la firmeza, la resolución con que soportó los vejámenes exasperadores, y las colosales dificultades de las campañas en la Península, son quizás una de las cosas más sublimes que se encuentran en la Historia. Wellesley manifestó aquí no sólo el genio del general, sino la sabiduría comprensiva del estadista; y á pesar de que su índole natural era en extremo irritable, la tenía en sujeción gracias á su elevado sentimiento del deber; por eso á cuantos le estudiaron les parecía que su paciencia era inagotable.

Su gran carácter no está manchado por la ambición, por la avaricia ó por una pasión baja de cualquier índole, y aunque era hombre de poderosa individualidad manifestaba sin embargo una gran variedad de disposiciones, siendo igual á Napoleón en aptitudes de general; activo, vigoroso y osado, como Clive; estadista tan sabio como Cromwell, y tan puro y magnánimo como Washington.

El gran Duque de Ciudad-Rodrigo dejó tras sí una reputación duradera, fundada sobre penosas campañas ganadas por hábiles combinaciones, por la fortaleza que nada podía agotar, por la osadía sublime y tal vez por una paciencia más sublime aún.





# INDICE

---

	Páginas
Las operaciones en la frontera.....	9
El teatro de las operaciones.....	17
La campaña de Salamanca.....	23
La concentración.....	33
Comienzan las hostilidades.....	43
Las posiciones.....	51
La batalla.....	57
Juicios críticos.....	67
En retirada.....	79
Los portugueses en Arapiles.....	85
Los corsarios castellanos.....	91
La labor de Wellington.....	101

---

---





16487 ~~584-616-12~~

C25-947- 12

Reg. 357

Sig. \_\_\_\_\_

WALIP - Barcelona

